



# Obra Poética

## León Benarós







## COMISIÓN DEL BICENTENARIO

La Provincia de San Luis, con motivo de conmemorarse el Bicentenario de la Revolución de Mayo, se concentra en celebrar tan importante acontecimiento a fin de reafirmar los lazos de comunicación, respeto e integración entre todos los habitantes de esta tierra.

El Cabildo de San Luis fue el primero en reconocer la Revolución de Mayo mostrando así su vocación libertaria.

Consolidado el movimiento revolucionario, el pueblo puntano se destacó por su generosa y heroica contribución a la gesta de la independencia nacional, y entre otros hechos, respondió al llamado Sanmartiniano.

En este Bicentenario la Provincia de San Luis continuará con sus políticas de progreso y desarrollo, en la esperanza que nuestras generaciones venideras se encuentren unidas en el respeto y reconocimiento a la participación histórica colectiva de los hijos de esta tierra, a quienes en este Bicentenario rendimos tributo y homenaje.

El Gobierno de la Provincia de San Luis ha constituido la **Comisión Honoraria del Bicentenario de la Revolución de Mayo 1810-2010**, presidida por el Gobernador Alberto Rodríguez Saá, e integrada por Legisladores Nacionales por San Luis, autoridades Legislativas Provinciales, autoridades del Poder Judicial, Intendentes Municipales e Intendentes Comisionados, representantes de Instituciones Religiosas, Autoridades Universitarias, Autoridades Militares, ONGs, Fundaciones, Juntas de Historia, Comunidades Originarias de la Tierra, Colectividades, Asociaciones, entidades intermedias y por todos aquellos habitantes que quieran adherir voluntariamente.

Esta Comisión será coordinada por el Ministerio de Gobierno, Justicia y Culto, todos los Ministerios del Poder Ejecutivo Provincial referidos a esta conmemoración y por el Programa San Luis Libro, dependiente de la Secretaría General Legal y Técnica de la Gobernación.

(Extraído y sintetizado del Decreto N ° 3316 - MGJyC-2009)







El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano principal, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1º: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.



ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

León Benarós

León Benarós - Obra Poética

245 p. ; 19x26 cm.

ISBN

1.

CDD

Fecha de catalogación:

Foto de Tapa:

Aldo Sessa

Para la presente edición:

Programa San Luis Libro

25 de Mayo 971 | Ciudad de San Luis

sanluislibro@sanluis.gov.ar

www.sanluislibro.sanluis.gov.ar

Diseño y diagramación:

Editorial «EL TABAQUILLO»

www.eltaquillo.com.ar

editorialeltaquillo@yahoo.com.ar

Tirada: ejemplares

ISBN:

En la presente edición se ha respetado la ortografía y gramática del español de su época para conservar su riqueza lingüística y su valor histórico.

Impreso en la Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial,

incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor.

# OBRA POÉTICA

LEÓN BENARÓS





# OBRA POÉTICA

LEÓN BENARÓS



Foto de la casa natal de León Benarós, ubicada en las calles 9 de julio y Buenos Aires, en Villa Mercedes, Provincia de San Luis.

**SLA**  
SAN LUIS LIBRO



## BIOGRAFÍA

León Benarós, poeta, crítico de arte, historiador, abogado.

Nació en Villa Mercedes, provincia de San Luis, Argentina el 6 de febrero de 1915. Fue cofundador de la revista literaria *Correspondencia México-Argentina* (1946) y del periódico *Contrapunto* (1944-1945).

Pertenece a la llamada 'Generación del 40'.

En Buenos Aires, colaboró en las revistas *Sur*, *Nosotros*, *Verde Memoria*, *Lyra*, *Tarja*, *Realidad*, *Pájaro de Fuego*, *Anales de Buenos Aires* (dirigida por J. L. Borges), *Conducta*, *Columna*, *Atlántida*, *Continente*, *Reseña de Arte y Letras*, *Agonía*, en el periódico *Correo Literario*, y otras más. Colabora en los diarios *La Nación* y *Clarín*, en la revista *Proa*, de la que es uno de los secretarios y en *Todo es Historia*, desde su inicio hace 45 años.

En el exterior, ha colaborado en *Cuadernos Americanos* (México), *Asomante* (Puerto Rico), *Viernes* (Venezuela), *Poesía de Venezuela*, *Cordillera* (Bolivia), *La Gaceta de Chile*, dirigida por Pablo Neruda, *La Estafeta Literaria* (España), etc.

En verso, ha publicado *El Rostro Inmarcesible* (1944), *Romances de la Tierra* (1950), *Versos para el Angelito* (1958), *Romancero Argentino* (1959), *Décimas Encadenadas* (1962), *El Río de los Años* (1964), *Memorias Ardientes* (1970), *Romances de Infierno y Cielo* (1971), *Romances Paisanos* (1972), *Carmencita Puch* (1973), *Elisa Brown* (1973), *La Mano y los Destinos* (1973), *Romancero Criollo* (1978), *Romances Argentinos* (selección, 1981), *El Bello Mundo* (1981), *Flora Natal* (1983), *Canto de Amor a Buenos Aires* (1983), y *Romances de Pueblo* (1999).

En prosa, *Libro de Vacaciones* (1980), *Antonio Porchia* (1988), *Leyendas Argentinas* (1955, con cuarta edición en 1981), *El Desván de Clío* (1990) y

*Mirador de Buenos Aires* (1994), así como monografías sobre los pintores argentinos Lino Enea Spilimbergo, Miguel Carlos Victorica y diversas compilaciones anotadas.

Con música del maestro Carlos Guastavino, el texto del poema sinfónico *Despedida* y las poesías de los álbumes *Flores Argentinas*, *Canciones del Alba*, *Pájaros*, *15 Canciones Escolares*, y la letra de diversas canciones de cámara y populares como la conocida *La Tempranera* grabada por Mercedes Sosa.

Con música del maestro Sebastián Piana, el álbum *Cara de Negro* (12 candombes y pregones de Buenos Aires). Con música de Eugenio Inchausti, *Forjadores de la Patria*, con música de Chacho Santa Cruz, *Gente Criolla*.

Es autor de la letra de los discos titulados *El Chacho (vida y muerte de un caudillo)*, cantado por Jorge Cafrune; *La Independencia*, igualmente cantado por Cafrune; *Viva Güemes!*, cantado por Hernán Figueroa Reyes y *Forjadores de la Patria*, cantado por el conjunto Los Arroyeños.

Entre otros premios, ha obtenido los siguientes: Premio Municipal de la ciudad de Buenos Aires por *El Rostro Inmarcesible*; Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y elección 'Libro del Mes' (noviembre del 1944) por el mismo libro, por decisión del jurado del 'Club del Libro' integrado, entre otros, por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Baldomero Fernández Moreno, Ángel J. Battistessa, Ricardo Baeza y Victoria Ocampo. Premio Nacional IPCLAR, de la provincia de Santa Fe, por *Memorias Ardientes* (en calidad de inédito). Primer Premio Municipal por *Memorias Ardientes* (1970). Tercer Premio Nacional por *Memorias Ardientes y Romances de Infierno y Cielo* (1978). Segundo 'Premio Especial Ricardo Rojas' de la municipalidad de Buenos Aires, por *Leyendas Argentinas*. Premio "Cesar Mermet" de la Fundación Argentina para la Poesía. Premio 'Recorrido Dorado' de la Sociedad Distribuidora de Diarios, Revistas y Afines (1988); Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (1982); Premio Trayectoria del Fondo Nacional de las Artes (1995), Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires; Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores SADE (agosto de 1998); Personalidad Emérita de la Cultura Argentina por la Secretaria de Cultura y Comunicaciones de la Presidencia de la Nación, 1999; Personalidad de la Cultura de San Luis, 2006.

Su poesía se viene desarrollando en dos sentidos: el de tono existencial, de *El Rostro Inmarcesible*, *Versos para el Angelito*, *Décimas Encadenadas*, *El Río de Los Años*, *Memorias Ardientes* y *El Bello Mundo* y, el de un tono popular

austero y despojado, como el de su *Romancero Criollo*. De estos romances, ha opinado Pablo Neruda: "León Benarós le dio al romance su verdadera magnitud, alcanzando un nivel que ni el mismo García Lorca había tratado de profundizar."

Pertenece a la Asociación Argentina de Críticos de Arte (AICA), a la Association Internationale des Critiques d'Art con sede en París, a la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), a la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música (SADAIC), a la Sociedad Argentina de Autores (ARGENTORES), es co-fundador de La Academia Porteña del Lunfardo.

Ha pronunciado conferencias sobre pintura argentina contemporánea en París, Madrid, Lima, Bogotá, Caracas, Quito y La Paz.

Algunas de sus poesías han sido traducidas al francés, al inglés y al alemán. Su poesía *La Telesita* ha sido traducida al quichua.



## PRÓLOGO

Hijo de inmigrantes venidos de Tetuán en 1900 que se afincaron en San Luis, primero y luego en Villa Mercedes. León Benarós nació bajo el signo de Acuario la tarde calurosa del 6 de febrero de 1915. Antes habían nacido 5 hermanos. Su destino familiar fue errabundo al morir su padre cuando sólo tenía tres años de edad.

En otros campos, las mismas soledades pampeanas lo vieron correr y subir a un caballo bravo y mañoso que salta un zanjón, mientras él aferrado a las crines se siente un hidalgo que ha vencido obstáculos. Su infancia fue la de un pequeño libre, investigador de los pastos y las flores que en el futuro estudiaría para escribir sobre ellas con el conocimiento de un especialista. A veces, mientras lo buscaban por la quinta, el pequeño con la guitarra tapada con su ponchito se había dormido mirando el cielo. Esa infancia tan cerca de la Naturaleza y la libertad, lo espontáneo de los juegos, sin cercos de ningún tipo, le habrán dado la impronta de un temperamento que puso en cada día y en cada línea de sus poemas, el sentido de sólo obedecer su inspiración y su voluntad creadora. Él llama al poeta “El Rescatador” porque muestra lo que otros no ven.

De este modo, León Benarós tuvo contacto con la vida de provincia que le marcó el amor por la tierra y sus hombres. Las costumbres de campo, sus oficios y el guitarrear de los paisanos, reunidos en estancias o en casas amplias con aljibe. A veces un curandero lo enviaba: -andá y decíle a Don Soria que se ha “curao”. Y el chico de ojos asombrados cumplía “el encargo”. Como León dijo en un reportaje, vivió el folklore antes de estudiarlo.

Mudanza a Lomas de Zamora, donde hizo la escuela primaria, luego en San Martín, Mendoza, la escuela secundaria que terminó en Chvilcoy como alumno libre. Desde esa ciudad viajaba a Buenos Aires para cursar



Derecho en la UBA, carrera que también hizo como alumno libre. Mientras, escribía poesía, ganaba concursos y el Primer Premio por una tesis histórica que propiciaba levantar un monumento al Gral. Justo José de Urquiza. Las primeras poesías publicadas y las que se sumaron para su primer libro a los 29 años “El rostro Inmarcesible” que le abrió la puerta del reconocimiento intelectual, le hicieron olvidar su título de abogado, que aún pende en su estudio como un diploma más.

León Benarós: amigo de sus amigos, generoso, de buen humor, de excelente memoria, orador ameno y escritor incansable de poesía, tanto de romances históricos como de poesía existencial, de artículos sobre costumbres de Buenos Aires, el tango, caudillos y personajes argentinos de nuestra historia encuentran en su pluma el rescate y la humanidad que él supo entrever tanto en la anciana que vendía una naranja en una estación de ferrocarril que le inspiró la chacarera “Doña Maclovia” o en Eduardo Gutiérrez, a quien dedicó dos ensayos reivindicatorios. Tuvimos la fortuna, mi hermano y yo, de participar con León Benarós y mi madre la experiencia de vivir la palabra desde profundas visiones que el poeta ponía en versos y que con mi madre leíamos en voz alta.

**Livia Felce**

I

EL ROSTRO INMARCESIBLE

(1944)

A Emma Felce  
*esposa, compañera, inspiradora.*



## EL ROSTRO INMARCESIBLE

Como a un país de eterna lumbre  
llegué a su rostro inmarcesible.  
Su claridad resplandecía  
sin horizontes y sin límites.  
Inabitable, como un árbol  
de profundísimas raíces.

Nunca sentí la voz crecida  
como en su fiel correspondencia.  
Era un nombrar las cosas vivas  
por su razón y por su esencia;  
el equilibrio serenísimo  
del corazón y la cabeza.

Para su gracia no rodaban  
las estaciones y los días.  
Hasta las márgenes del tiempo  
en él limaban sus aristas.  
Sus riveras eran tan dulces  
como curvadas sus orillas.

Honda y radiante era su estrella,  
de la pureza más legítima.  
A su perfil resplandeciente  
ninguna sombra oscurecía.  
De las fontanas más preclaras  
brotaba -excelsa- su sonrisa.  
Cuando llegó, las nubes altas  
se parecían a su rostro.  
Memoria de ángeles traía

en lo sereno y armonioso.  
Un aire grácil y levísimo  
le dibujaba los contornos.

De su tendencia a lo celeste  
-angelical- se alimentaba.  
Estaba en hermandad de cielo,  
como los pájaros y el alba.  
Daba estatura al claro canto  
y esclarecía la palabra.

Fundaba el alba en lo más hondo,  
en prodigioso ordenamiento.  
Se manejaba entra las cosas  
con sus señales y misterios.  
Para invocarlas, elegía  
nombres desnudos y perfectos.

Las anudaba en sus orígenes,  
en sus regresos y sus fuentes.  
Su impar alquimia combinaba  
los escarlatas y los verdes.  
Rosas de eternas lozanía  
amanecían en su frente.

Sentí poblarme de canciones  
como el almendro en primavera.  
Hasta los aires daban flores  
de encantamiento y de inocencia.  
El viento estaba de aleluyas  
como las plantas de hojas nuevas.

Sólo por él, por su hermosura,  
mi corazón tañe sus cuerdas.  
En alabanza de ese rostro  
mi inspiración se manifiesta.  
La luz que alumbra mi palabra  
de su mirada se sustenta.

## DECLINACIONES QUERIDAS

Nada como esperar los tránsitos temidos,  
como mirar los rostros inclinarse al ocaso  
para sentir, herido de penas infinitas,  
el corazón, maduro de elegías y canto.

Todo transcurre huyendo de su ser al olvido  
y hacia las mismas aguas, las cosas y los seres.  
Como un espeso manto sobre la tierra antigua  
se acumulan los largos siglos indiferentes.

Sobre las construcciones que levanta el cariño,  
un viento desolado sopla desde lo eterno.  
De nombres abatidos se nos pueblan los días,  
ceniza entre los dedos inclementes del tiempo.

Tercamente persisten las pausadas lloviznas.  
En sus desgastes lloran tibias pretericiones.  
Concurrencias infaustas, casualidades tristes  
entrelazan fatales signos anunciadores.

En invariables ciclos rigen las grandes leyes.  
Sin cesar nos desangran aconteceres diarios.  
Demarcan sus destinos los hombres y las piedras  
bajo la serenísima tutela de los astros.

Caravanas de pálidas presencias destruidas,  
actuantes realidades que la piedad sostiene,  
abrevan sus regresos en lágrimas recónditas,  
vienen a acompañarnos en las tardes ausentes.

Congoja desatada por la sangre vertida,  
por las frustradas jóvenes muertas en primavera,  
por las cabezas grávidas de veranos maduros,  
hacia la tierra bruna volcadas como cestas.

Hubo un extraño río poblado de retratos.  
Mirábanse en sus aguas los infantiles rostros.  
Hoy navegan en salas malheridas, borrosas.  
Desdichados, sin pulso, vienen hacia nosotros.

Y son reconocibles, y el invocarlos duele  
-temeroso deseo de conjurar sus sombras-,  
y nos llenan de horrible, amoroso respeto,  
náufragos sobre mares de doloridas ondas.

Amargo desapego, sino desamorado  
del que habita los ámbitos fríos de lo Innombrable.  
Clamarán en desierto sus voces lastimeras  
como órganos sonoros entre sus grandes naves.

Librados al agobio de crueles sucedieres,  
transferidos al hálito de frescor de las hierbas,  
respirarán profundos aromas aprendidos  
en estrecha amistad de frondas y arboledas.

Ni sus flores marchitas, ni sus apasionados,  
trémulos epitafios sostendrán su estatura.  
Pero si algo salobre rueda desde los ojos,  
se alzarán en las cosas que su historia circunda.

Entre viejos baúles, súbitamente hieren  
sus muertas pertenencias sin dueño ni cariño.



Las horas se iluminan de vívidos querer  
y se templan de amor los minutos perdidos.

Anclados en sus hábitos, limitando en perfiles,  
en la minucia cruel de sus pequeños hechos,  
se estarán en el duro saber del desasido,  
mirando regresar sus remotos recuerdos.

Quedarán sus palabras, sus postreros deseos,  
su voluntad final para marcar su tránsito.  
Un gesto, una sabida manera, una sonrisa  
para alzar desde el polvo su perdido retrato.

Les sabrán a piedad los vasos y el aceite;  
a lágrimas oblicuas las consagradas flores.  
Sus manos sin amparo buscarán en la sombra  
árboles de cariño para grabar sus nombres.

Fieles protagonistas de fugas y regresos,  
dadores de sus íntimas materias requeridas,  
estarán sus memorias por los grandes ligustros,  
temblarán entre dulces corolas fugitivas.

Ya pasarán sin número ni cuidado sus días.  
El tiempo, como un bloque, pesará en su recuerdo.  
Vanas serán sus preces por unirse a nosotros.  
Clausurarán sus bocas las cales del misterio.

Sólo el amor se salva. Su lumbre fervorosa  
estalla en carmesíes, iluminando pétalos.  
Nos encadena a nombres defendidos. Levanta  
sobre la tierra oscura sus rosales violentos.

## EL ESPEJO

Sé del espejo donde el día muere  
desfalleciendo en luz caritativa.  
Hacia perdidos rostros se deriva  
su condoler sin fin, su miserere.

Los constelados cielos que prefiere  
los conozco. La amarga perspectiva  
de sus biseles, su costumbre viva,  
la imagen que a mis cosas se refiere,

en él descansan. Intimo y perdido,  
rescato aquí su mundo conmovido.  
Sus serenadas lágrimas son éstas.

Nadie pregunte por la voz ausente.  
Mece en un mar de azogue la corriente  
sus reflejadas muertes superpuestas.

## HOMBRE DE PIE

*Ver en sueños a una persona de pie,  
es que vendrá a visitarnos.*

Creencia Popular

Habituado a su mundo desmedido,  
se apareció de pie. Me sonreía  
desde las lluvias muertas del olvido.

Apaciguado en su manera fría,  
avanzaba sin señas ni clamores  
en su desventurada cortesía.

Lo coronaban las disueltas flores.  
La rosa en el ojal. La mano al pecho;  
y ya sin desazón ni sinsabores.

Nada más triste, nada más deshecho  
que su antigua galera, que sus guantes,  
y nada más temible que su helecho,

que las amargas cosas circundantes  
en el estar de su fotografía,  
en el bromuro sin remedio de antes.  
Su corazón apenas ardería  
entre un fondo glacial de escalinatas,  
con telones que el tiempo desleía.

Ay, las irrescatables horas gratas,  
las tibias cenas, el mantel tendido,  
el grillo del hogar, sus serenatas.

Por cálidas memorias sostenido,  
tímidamente aventurado, apenas  
sobreviviendo a perdición y olvido,

reverdecía el mapa de sus venas  
en la piedad del sueño, y retornaba  
a sus costumbres altas y serenas.

Hasta que, dolorido, despertaba,  
herido, cruento, de la luz del día,  
donde el conjuro de la noche acaba.

Y a su país sin salvación volvía.

## NOCTURNO

Quizá los duendes estarán despiertos  
espiándonos desde las celosías.  
Se doblarán, entre sonrisas frías,  
los caballeros de los cuadros, muertos.

Sólo a la luz de irrescatables días  
mostrarán sus perfiles descubiertos.  
Aguardarán sin esperanza, yertos,  
en sus reservas y melancolías.

Oscuramente vagarán las hojas  
al capricho de un viento distraído.  
En alta noche crujió un ropero.

Crispado de presagios y congojas,  
algo fatal acechará escondido  
entre los crisantemos del florero.

Crítica literaria sobre la obra *El rostro Inmarcesible*, de León Benarós, realizada por Pablo Anadón y publicada en la Gaceta de Tucumán en 1996.

## EL ROSTRO INMARCESIBLE, LEÓN BENARÓS

LA GACETA 1996

“El rostro inmarcesible” (1944) es una cifra perfecta de la escritura del cuarenta. Si un lector extranjero preguntara por lo que fue la poesía de esos años bastaría con leerle cualquier composición, cualquier estrofa de éste libro, para darle de ésta una muestra cabal (sin desmedro, claramente, del acento personal del poeta). Allí están sus temas y tonos preferidos: la niñez, cuya memoria es recobrada con inconfundible nostalgia y custodiada como una suerte de amuleto, como una pequeña llama de inocencia en medio de la oscuridad de los hombres (“Esta es mi infancia ardida en eucaliptos (...)/ Sobre estas tristes sombras la levanto./ Su inmarcesible signo me custodia./ Su fuego salvador, su lumbre viva,/Arde en mi corazón como una lámpara”), el amor cantado -esta palabra aún no era una mera fórmula- en actitud celebratoria, con una tendencia a la espiritualización de la figura amada de corte nítidamente petrarquista (“De su tendencia a lo celeste/ -angelical- se alimentaba./ Estaba en hermandad de cielo,/ como los pájaros y el alba”), la muerte, menos temido que esperada como esa estación última de soleada en la que madura y fructifica los más íntimo y verdadero de cada ser (“Enamorado de este mundo,/ del otro mundo enamorado”; “Y déjenme perdidamente solo./ Salobre fue mi mar. Haya en las olas/ breve temblor..”) También se encuentra en estos poemas presencias y espacios característicos, como el ángel de rilkeana memoria, la casa natal, la noche y la naturaleza. Por otra parte, como era habitual en la poesía del '40, el verso corre por los cauces tradicionales de la métrica castellana; el lenguaje igualmente inconfundible, señala su ascendencia simbolista por la predilección de palabras de halo semántico vago y sugerente, como quien prefiere, antes que nombrar el árbol, aludir a su sombra -ésa, por cierto, que la fronda exterior tiende en el espíritu-. Contrapeso de la estilización verbal -que roza la elusividad- es el recurso a anécdotas y detalles del “material vivir” (inclinación que acentuará posteriormente en la obra del poeta) con logros entrañables como los de los poemas que componen la afección “Habitaciones en invierno”.

Celebramos la reedición de este libro (Proa - Buenos Aires 1996)... en medio de la magmática escritura actual, meramente mimética de la dispersión de la época, y de un formalismo sin alma, la voz de este poeta nos trae todavía una lectura elemental y sutil: la entrega de lo íntimo.

LA GACETA, 22 de setiembre de 1996

PABLO ANADÓN



II

ROMANCES DE LA TIERRA

(1950)





## PRÓLOGO

Los países de más cantada tradición entrelazan en sus *primaveras y florilegios* las siempre verdes ramas de sus romances de gesta. Nosotros -pueblo joven de intensísima historia- sólo podemos lucir algunos brotes de ese género perdurable. Mientras la Patria se hacía, la paralela declamación poblaba con frecuencia los ilustrados salones, invocando los fríos dioses de una mitología ajena. Pero alguna vez, con las chispas del vivaque, saltaba la poesía, sentimental y desnuda, en la copla de pueblo.

El anónimo *romance de Barranca Yaco* es -con otros- el laurel de una epopeya de bárbara grandeza, casi inédita en la poesía argentina. Con humildad he querido, en lo posible, llenar esos claros. La tarea está llena de ariscas dificultades. He tratado, sobre todo, rescatar destinos, buscando lo tangencial de la historia, donde apenas llegan las luces del desfile. Más que hechos, he querido alumbrar vidas, designios, fatalidades. No es casual que Quiroga le salga a la muerte, confiando en que el espanto de su nombre detendría en el aire los sables amenazadores. Es melancólica la extraña alegría con que Juan Lavalle corre a su seguro martirio.

Una poesía de tal naturaleza no admite la efusión sensiblera ni el recargo adjetival. Sus atributos más legítimos son la enumeración patética, la ironía, la sorna, la resignación varonil. Un nombre, un lugar, una hora, suelen bastar para una quarteta sin abalorios, grávida de intencionado destino. El género permite también el romance dentro del romance, la digresión payadoresca acorde con la vida. He pensado en un payador anónimo, tratando de no taponarle la boca, para que mi voz se pierda en la del símbolo. En cuanto al lenguaje opto por un castellano sin deformaciones. He querido dar esencias, pretendiendo que lo nuestro esté en el sentido, en el giro, más que en el calor. He engarzado algunos argentinismos, cuando me han parecido vigentes y hermosos.

Hay, detrás de cada uno de estos poemas, una trabajosa documentación. Ni que decir que en algún parte de guerra, algún certificado médico, alguna declaración de un paisano humilde, he encontrado casual, viva, sorprendente y humana literatura...

Sería feliz si estos romances alcanzaran la amistad de las guitarras anónimas.

**L. B.**

## LO FUSILAN A DORREGO

Ese coronel Dorrego  
-federal de los mejores-  
vino a terminar su vida  
ante cuatro tiradores.

Permítanme, caballeros,  
que vaya entrando al asunto.  
Aquí les voy a contar  
cómo lo hicieron difunto.

En los pagos de Navarro,  
allí empezó la tragedia,  
la siesta en que lo mataron,  
a eso de las dos y media.

Pero antes será preciso  
-en mi modesto entender-  
que les diga cómo y cuándo  
lo llegaron a prender.

Allá por el veintiocho  
a Buenos Aires volvió  
-gloriosa, pero harapienta-  
la tropa de Ituzaingo.

Tenía esa gente -con traza  
de regresar de un infierno-  
sus motivos para estar  
descontenta del gobierno.

Allá va ese Juan Lavalle  
al frente de su mozada,  
puro valor, puro empuje,  
pura barba colorada.

¿Qué iba a hacer Manuel Dorrego  
ante una fuerza tamaña,  
sino largarse a alistar  
paisanos en la campaña?

Lavalle, en un por si acaso  
se le enturbie el horizonte,  
ya agarró para Barracas,  
rumbo a la Guardia del Monte.

Dorrego no es muy devoto  
del santo que lo acompaña,  
ese Juan Manuel de Rosas,  
comandante de campaña.

Que indios pampas y chilenos  
le arrimó como soldados,  
y se trajo, por las dudas,  
como unos cien colorados.

Ocasión en que Lavalle  
hizo una entrada oportuna  
y allí los arrinconó,  
de espaldas a una laguna.

En lo mejor de ese baile,  
y sin pedir pasaporte,

Rosas se le hace perdiz,  
largándose para el Norte.

De esa matanza sin hiel,  
caballeros, no les cuento.  
Un surero me decía  
que aquello fue un escarmiento.

Porfiando a su mala suerte  
Dorrego se fue a hacer alto  
allá, a la estancia del Triunfo,  
a unas tres leguas del Salto.

Ir a buscarlo a Pacheco  
fue su desgracia, está visto.  
Según le previno Rosas,  
lo entregaron como a un Cristo.

Mateaba -entrada la noche-  
con algunos oficiales,  
cuando le intiman prisión,  
por principio de sus males.

En marchas y contra marchas  
lo turban cuando se entrega,  
y al cuartel de Juan Lavalle  
con un mal presagio llega.

¿Qué iba a hacer en la ocasión  
ese corazón clemente,  
si los sabios le mandaban  
fusilar a un inocente?

De Lamadrid ni de nadie  
admitió la intercesión.  
Le dio dos horas de plazo  
por morir en confesión.

Ahí pide papel y tinta,  
allí se pone a escribir.  
Allí el coronel Dorrego  
se prepara a bien morir.

Sentida como ninguna  
es la pena que lo aflige.  
Se ha sacado su chaqueta.  
y a Lamadrid se dirige:

“Llévesela a mi Angelita,  
que supo hacerme dichoso.  
Que la conserve en el nombre  
de su desgraciado esposo”.

Unos tiradores blancos  
el hombre usaba en el caso,  
con iniciales bordadas,  
trabajadas sobre raso.

Ya se los está sacando  
como prenda de difunto,  
y a Lamadrid, con recado,  
se los va entregando al punto.

“Como ella me los bordó  
-le dice al amigo fiel-

se los voy a destinar  
para mi hijita Isabel”.

Y con ternura infinita  
se saca un anillo de oro  
como varón entrañado  
que va conteniendo el lloro.

Y le encarga, serenado:  
“Esta sortija, compadre,  
es para la menorcita,  
nombrada como la madre”.

Les manda con el amigo  
memorias y mil ternuras.  
A la sazón, las dos eran  
todavía criaturas.

Por lo que alzaban del suelo  
andarían -se conoce-  
la más chiquita en los siete  
y la mayor por los doce.

Dijo al ir para el banquillo,  
pensando en cosas eternas:  
“Todavía tengo firmes  
el corazón y las piernas”.

Ya me le vendan los ojos  
con un pañuelo amarillo.  
Ya está cada tirador  
con el dedo en el gatillo.



El pueblo de San Lorenzo  
le dio su tierra piadosa.  
A cinco varas del templo  
le están cavando la fosa.

Ya está en paz y solo su alma  
quien ha combatido tanto.  
Le marcan la sepultura  
unos ladrillos de canto.

No sé si habrá sido anuncio,  
pero es cosa de admirar:  
en eso que lo mataban,  
medio se quiso nublar.

La culpa de esa herejía  
será oportuno que calle,  
por más que el tremendo sayo  
se lo puso Juan Lavalle.

No han de ser vanas las muchas  
conjeturas que se borden,  
aunque esa fusilación  
se realizó por su orden.

Lo cierto es que abominó  
de tan funesto pecado,  
y que en aquella ocasión  
obraba como mandado.

Unas cartas que Lavalle  
se olvidó de echar al fuego

vinieron a rematar  
las desdichas de Dorrego.

En sus más serenos años  
vino la muerte por él.  
Justo a los cuarenta y uno  
se acabó ese coronel.

Así finó, caballeros,  
aquel hombre temerario.  
(También son cuarenta y una  
las cuentas de este rosario).

## EL MORO DE QUIROGA

Quiroga tenía un *moro*,  
animal de linda estampa,  
fortachón, de pecho abierto  
y de sangre vivaracha.  
Era de buenos ollares  
y altazo de riñonada.  
De justa luz bajo el cuerpo  
y de vista como brasa.  
Siete cuartas generosas  
levantaría de alzada.  
(Pongamos tres dedos más,  
proporción de buena casta).  
Coscojero y braceador  
y de ley acreditada,  
a cien leguas de La Rioja  
no admitía comparancia.  
Puro músculo la cruz  
y medio fino de cañas,  
de tan blandito de boca  
la intención adivinaba.  
Tenía los morros negros  
como de noche cerrada.  
Las ranillas y los vasos  
ya de negros relumbraban.  
La cara era pura sombra,  
y una negrura tamaña  
como hasta el segundo nudo  
de los remos le alcanzaba.  
¡Y qué decir de la cola,  
si ni el cuervo tendrá el ala

con ese fulgor retinto  
de *moro* de tanta estampa!  
En un manto gris parejo  
el pelaje le brillaba,  
más al filo del verano,  
cuando iba entrando en mudanza.  
De puro voraceador,  
el general lo aperaba  
un poco al uso llanista  
y otro al que se le antojaba.  
Un par de estribos chilenos  
iba luciendo con ganas.  
Eran de los de baúl,  
con labraduras bizarras.  
Más fiestero que un domingo,  
empezando por las matras,  
un recado de mi flor  
calidad le acreditaba.  
El sobrepuesto, del lijo  
ya era cosa temeraria.  
Le reventaban claveles  
en las esquinas bordadas.  
Flete con un Potosí  
en riendas y cabezas,  
se mostraba regalón  
de ir refucilando plata,  
pues era plata el fiador,  
con más antojo que dama,  
y plata los pasadores  
y las virolas de plata.

\*

Quiroga llevó la muerte  
en la punta de su lanza.  
Tanto cantaba una *flor*  
como lucía una daga.  
Cóndores y bolivianos  
a una sota le apostaba  
como se largaba al monte,  
metiendo miedo a las ánimas.  
Fue varón de tres pasiones:  
puñal, amor y baraja.  
Como otras tantas culebras  
le devoraban el alma.  
Por ser quien era, el flete  
se merecía por marca  
una “M” como de muerte,  
con una flor enlazada.  
Eran pingo de respeto,  
de condiciones ponderada.  
Onzas y soles orondos  
se confiaban a sus patas.  
Amagándole la espuela,  
ya se moría de ganas  
y en un galope limpito  
las leguas se trajinaba.  
Apenas desensillado  
-puro relincho y pujanza-  
en unas carreras locas  
las crines le tremolaban.  
Hacía sonar las coscojas  
con una inquietud tamaña.  
A cruzados y trabados  
les corría con ventaja.

Animalito aparente,  
era de virtudes raras  
y medio facultativo  
en cuestión de adivinanzas.  
Unos lo tenían por brujo  
y otros por pingo de cábala,  
desde que en toda ocasión  
Quiroga lo consultaba.  
No hubo caso ni suceso  
que el *moro* no adivinara:  
lo mismo anunciaba triunfos  
que otra suerte de las armas.  
Nadie lo enfrentó después  
del revés de La Tablada,  
y ni al mismo general  
dejó que se le sentara.  
(Quiroga no lo montó  
en esa ocasión contraria,  
y el *moro* era de opinión  
de no presentar batalla).  
De halago, se lo prestó  
a ese otro varón de entraña,  
López -don Estanislao-  
que Santa Fe gobernaba.  
Tanto se le aficionó  
que dio en ponerle su marca,  
haciéndolo de su silla,  
para ocasiones de gala.

\*

Vaya a saber en qué montes  
entregó -si tuvo- el alma,  
como que siendo tan brujo,  
no sería cosa extraña.  
Se habrá echado a bien morir  
en unas blanduras pampas,  
él, que tenía el cuero duro,  
hecho a *jarillas* y zarzas.  
Le obedecería aún  
la cabeza levantada.  
Los ojos, como parados  
de mirar a la distancia.  
Se le habrá representado  
un entrevero de lanzas,  
un paisano barba crespa,  
algunas tierras sin agua...  
¡Quién sabe si se repite  
*moro* de tanta ventaja!  
No se le supo la cría,  
pero con lo dicho, basta...

LA DESGRACIA DE SEVERA VILLAFAÑE

*A. D. Pablo Neruda*

In memoriam

Que no me tiemble la voz.  
Que mi vista no se empañe.  
Voy a contar la desgracia  
de Severa Villafañe.

Como arbolito que muere,  
como flor que se deshoja  
fue la muerte de esa niña  
en la ciudad de La Rioja.

En casa de unos parientes  
se albergó por caridad  
cuando, con sus dos hermanas,  
la castigó la orfandad.

Sobresaliendo entre todas  
lucía su doncellerz.  
Era la más donosita  
y la menor de las tres.

Quien la veía, miraba  
una manzana en salud.  
Como azucena del valle  
alumbraba su virtud.

Su florida edad se abría  
como capullo en botón.



Era humilde con los pobres,  
piadosa de corazón.

Gustaba encontrar solaz  
en aquellas horas quietas  
cuidando sus pajaritos  
o regando las macetas.

O pulsando su guitarra  
de notas bien argentinas,  
al pie de alguna morera,  
bajo el parral de glicinas.

A medida que salían  
las notas que iba arrancando,  
quedaba entre los presentes  
un sentimiento flotando.

Y en el aire ese temblor  
con que las tardes inunda  
la zamba ceremoniosa,  
la vidalita profunda.

Pero, para su desgracia,  
empezaron sus dolores  
cuando el general Quiroga  
la fue a requerir de amores.

Con firmeza resistió,  
con valor sufrió el asedio.  
Todos la dejan de lado.  
En nadie encuentra remedio.

Eran el día y la noche.  
Esa pasión era igual  
que un tigre que se cebara  
en un cordero pascual.

Una vez, con pasaporte  
de sentirse quiroguistas,  
a robar a la Severa  
se disponen tres llanistas.

Quieren -sordos al respecto  
que esa niña se merece-  
asegurarle a Quiroga  
el bocado que apetece.

Y con torcida intención,  
en la noche más cerrada,  
esos cobardes sin hiel  
le tienden una celada.

Allá va la Severita,  
allá va ese cuerpo hermoso,  
entre azahares y guindos,  
a sacar agua del pozo.

Ya le salen al encuentro.  
Ya su crimen apresuran.  
La toman de las espaldas.  
De los brazos la aseguran.

Sin su gusto huyen, al fin,  
esos miserables seres,

toreados por algún perro,  
corridos por las mujeres.

Mas no por eso Quiroga  
en sus pretensiones ceja.  
Ni renuncia a la paloma  
ni de perseguirla deja.

Va consumiendo a la hermosa  
desgracia tan lastimera.  
Ya no pueden ni llorar  
los ojos de la Severa.

Pasan días, pasan años  
y más su penuria crece.  
Tiene parientes y amigos  
y nadie la favorece.

Tiene un tío general  
que puede vender hombría.  
Tiene allegados, la pobre,  
que miran tanta herejía.

Parece como si el miedo  
sangre y valor les helara.  
Nadie por esa infeliz  
se atreve a sacar la cara.

No hay quien le tienda la mano  
en esas horas inciertas.  
A la iglesia se dirige  
y halla cerradas las puertas.

Huye, al fin, a Catamarca,  
más triste que un cementerio.  
Buscando la ansiada paz  
va a encerrarse en un beaterio.

Allí encuentra asilo, lejos  
del mundo y sus desengaños.  
En rezos y penitencias  
se le pasaron dos años.

De sus amores de niña,  
de sus días placenteros,  
viene a despertar memorias  
al pie de unos limoneros.

Y busca por compañía  
su corazón de beleño,  
las estrellas temblorosas  
del cielo catamarqueño.

O con lágrimas serenas  
llora en silencio su daño,  
cuando no en el locutorio,  
sentadita en un escaño.

Cae un día ese Quiroga,  
llama con golpes de estilo  
y, pegando cuatro gritos,  
manda que se abra el asilo.

No tolera negativas  
ni clase alguna de excusas.

Ordena a la superiora  
que presente las reclusas.

¡Pobrecita la Severa,  
pobre paloma de gracia!  
Hasta allí la persiguió  
la estrella de su desgracia.

Reconociendo al causante  
de su destino maldito,  
en ese mismo lugar  
se desplomó dando un grito.

Y como golpe final  
a un deshecho corazón,  
no acabó de recobrase  
cuando perdió la razón.

Causaba entre las novicias  
un extraño sentimiento  
verla doblar por difuntos  
las campanas del convento.

Ya no fue más que una sombra.  
Habrán ajado los años  
sus grandes ojos oscuros  
y sus cabellos castaños.

¿Castaños o tal vez rubios?  
Rubios y crespos, tal vez.  
No mucho más de veinte años  
su dolida doncellez.

Mas no todo perdería  
de su belleza primera  
esa pobrecita loca,  
¡Tan alhajita como era!

Pensemos, para consuelo,  
que Dios dispuso, clemente,  
recibir en las alturas  
el alma de esa inocente.

Y que al fin de sus trabajos,  
en el Cielo mereció  
esa suspirada paz  
que la tierra le negó.

Aquí termino, señores,  
esta historia verdadera.  
Ya conocen vida y muerte  
de la que fue la Severa.



III

VERSOS PARA EL ANGELITO

(1958)





## NOTICIA

### I

Todavía, en no pocas latitudes del país -sin baile o con él, con porfiado arraigo o lánguida persistencia-, tiene lugar el velorio del angelito.

El hecho, según lo interpreta la fe, es, en esencia, el mismo en los diferentes ámbitos. Un niño ha muerto. Si sus años no sobrepasan los siete -los del entendimiento, en todo caso-, su alma no ha podido ensombrecerse de pecado; y si ha recibido el bautizo, el cielo será su segura morada. En el melancólico caso contrario, se verá convertido en duende vagoroso.

En casi toda Latinoamérica pervive la ceremonia. Llevada a España por los árabes, Andalucía la selló con su fe y la conquista la difundió por el Nuevo Mundo, que le añadió candor y color.

¿Qué hay, a la vez, en el singular velorio, de repulsión y rechazo, de cruel atractivo y de conmovedora inocencia poética?

En cualquier ocasión, la vida quiere ser pudorosa con la muerte. Sus ofrecidos ramos, sus homenajes, sus vividas flores, no valen tanto como el silencio con que acallamos la respiración ofensa de nuestro vivir. Respeto, silencio, recato quizás sean remotas formas de culpa, pero también acatamiento a quien asume una investidura egregia la de penetrar el total Misterio. En el iniciado delegamos, secretamente, la celestial abogacía de nuestros terrenos afanes. Y ante el mensajero queremos, cabizbajos, disculparnos de consumir algo del arrebatado Fuego Total quizá esa misma chispa que el pequeño, el abandonado, el yacente, devuelve ahora al inmenso fuego, cuya lumbre madre y absoluta podría ser la fuente de la Vida, la unánime y a la vez diversificada respiración del mundo.

La vida quiere perdonarse, ante la muerte el derecho a persistir. Una alegre destrucción rige los días de la criatura humana, que, sobre ruinas de triturados animales y vegetales -sagrados, tal vez, a los ojos de Dios- edifica a la columna de sus a veces inútiles años.

En esa servidumbre, los más lúcidos se sienten culpables sin remedios, pues, colaboradores de una ley de crueldad, no pueden renunciarla sin dejar de ser. Por fin la acatan y, a su vez, se acuestan para integrarse en la infinita rueda del mundo.

Así visto, todo existir implica una culpa, un original pecado: nos alimentamos de destrucciones.

En el niño, la culpa del vivir subyace, porque no se siente usurpador del gran Fuego vital, que sostenemos incorporando a nuestro ser las mejores obras de los trabajos del sol. Ante la segada vida, comprueba, atónito, lo Extraño, lo Diferente, pero no se imagina protagonista de un acto semejante.

Otro es el caso del velorio del angelito. La creíble alegría de que la gloria es ya el súbito reino del inocente, justifica, en principio, el alborozo de los mortales que lo despiden. Sin embargo, ¿hasta qué punto el justificativo prende como verdad entre todos los concurrentes a la ceremonia?

Para las más, el pequeño difunto es un pretexto. La muerte no es contagiosa, se ha dicho. El testigo, el pálido infante no es entonces ni siquiera dueño de su mínimo sueño, el suyo, el total. A su alrededor crece, insolente, la alegría. La más pura vive, quizá en la esperanza de la madre. El angelito está en el cielo. La frase va y vuelve, dicha una y otra vez, como edificando esperanza. Entretanto, en lo alrededor, junto al respetuoso silencio de algunos, estallan otros en la risotada plena. La vida desafía a la muerte en su propio campo.

¿Qué disculpa ensayar ante la -en no pocos casos- declaradas jaranas? La madre, digna junto al padre, sufre calladamente, pero no debe llorar: sus lágrimas mojarían las alas del angelito, entorpeciendo el vuelo niño hacia el azul. Su corazón no le miente, pero su esperanza acepta esa moneda de pena por la otra, la de la inmortalidad de sus pequeños, sin culpas que pagar, con garantía de directo cielo. Para algunos, la sola alegría de ese trofeo justifica la sonrisa y barre la oscura sombra de la pena. Otros, buscando sentido al acto, insinúan que vida y muerte se dan en la tierra con pareja jerarquía, con igual merecimiento de gozo y llanto, sin desigualdades que encarnescan una y disminuyan la otra. Ambas se aceptan con naturales acatamiento,

sabiéndolas complementarias, instituyendo, quizá, que entre las dos cierran el perfecto círculo donde se redondean en armonía todo destino.

Hay quienes insinúan una verosímil tesis: todo ser viene al mundo a cumplir, a lo largo de su existencia, una serie de posibilidades. El angelito. Es feliz, pues de modo súbito las cumple todas en su alcanzar el cielo. Si la vida vale tanto como la muerte, ni una ni otra debería entristecer. Y, en todo caso, la prometida eternidad es ya clara razón de gozo.

Todas estas premisas chocan, sin embargo, ante la realidad inequívoca del velorio del angelito. Su garrulería, su visible desentendimiento del pequeño y melancólico protagonista, la complicidad de ese insolente alardear de vida alrededor de una muerte infantil, inclinan a la tristeza, entre tanto movimiento y color. Aun más: el Horror suele ser acostumbrada presencia. Sentadito en su silla, con algún ramo de celeste jazmín del cielo entre sus manos, el triste infante es forzado a simular vida, y sólo unas alas de cartón forrado con papel o tul, parecerían querer iniciarlo en el vuelo, para librarlo de una vez de aquella tremenda servidumbre.

Así, vida y muerte entrelazan su contrapunto en el velorio del angelito. Una -la vida-, llena de aparente escándalo, espoleada por el licor y descarándose en la firme chacarera o en el gato alegre. La otra -la muerte-, imitando tristemente el perdido vivir del infante, tiñendo de rojo excesivo sus mejillas sin fuego, encomendando a coronitas de papel, a ingenuas flores artificiales, la ilusión de una fiesta en agasajo del presumiblemente dichoso viaje de un alma infantil.

El fragor de la sangre predomina, sin duda, en ese contrapunto. Quizá demasiado pronto, el angelito, el protagonista en quien se polariza uno de los extremos de la tensión, es relegado a una cierta zona neutra, solo de verdad entre tanto brillo. Él, triunfador celeste, contempla su melancolía derrota terrenal. Está cercado por un fuego intolerable. Es el gran pretexto y, sin embargo, casi todos admiten su ventura. Durante unos o dos días -a veces, más-, la sangre parecería reclamar su utópico desquite. En ocasiones, el angelito -ya ceniza más que cera- comienza un penoso peregrinar y, un poco más lejos, apadrina otros mentideros de alegría, nuevos bailes con gente decidora, que bebe caña con poleo. No siempre se da el afrentoso préstamo, esa ternura especial, ese clima de condolidada cercanía ensayaba, hasta entonces, protegerlo del desamparo. Ya en manos extrañas es, verdaderamente, el ajeno, el indiferente, quizá el monstruoso cómplice. Y aun los atrevimientos del amor suceden, impiadosos, en la proximidad de su trono funeral y gárrulo.

## II

Imaginemos la más cabal ceremonia nortea. Anoticiada del mínimo deceso, la no muy pesarosa madrina acude a componer el angelito, con póstumos afeites. Se le sueltan sus ropas, para que el alma vuele mejor. Se ciñe su frente con una coronita de flores artificiales. La creciente concurrencia moviliza el diligente mujererío. En el horno cálido se doran empanadas rotundas, empanadillas delicadas, rosquetas de entrañas sabrosa. A poco empieza el beberaje regional. Se componen las gargantas varonas, desentonadas por ardorosas polvaredas.

El baile ha comenzado. Suenan bombo, violín y caja. Se oye, a veces, el trino delicado del arpa criolla.

Con la madrugada -si no se prolonga la ceremonia- cesa la danza y comienzan los cánticos que preceden al entierro del párvulo. En el ataúd, la ingenua credulidad de las gentes abandona escaleritas de cartulina, para que el angelito suba más pronto al cielo, y jarritos de lo mismo, para que calme su sed en las jornadas de ascensión. Del modesto cajoncito funeral pende, entretanto, alguna cinta celeste o rosada, algún cordón de seda o simple pabilo. Cada circunstancia hace su nudo, para recordar al angelito ruegue en el cielo por quien formula el pedido.

Algunos cohetes estallan, no muy cerca del finadito, para que sus alitas no se chamusquen. Ello dificultaría, lógicamente, la celestial ascensión.

Lo más patético de la ceremonia corre a cargo de quienes entonan, con melancólica melopea, unos versos alusivos. En algunos de éstos -lo más conmovedores- es el propio angelito quien habla por boca del cantor. Entonces enuncia despedidas, desprendimientos llenos de candorosa piedad. Subraya el dolor de partir, que atempera con el prometido gozo de una vida alta y sin tiempo. Antes de librarse a su reino de luces eternas, enuncia y convoca sus quereres: la tierra natal, los suyos. Madre, padre, hermanos, padrino, madrina: a todos parece adelantar consuelo y afirmarles promesa de recordarlos en sus oraciones futuras, como inocente huésped de la anhelada mansión celestial.

Al iniciar el cortejo rumbo al cementerio, las mujeres próximas a la maternidad se acercan a contemplar el rostro del angelito. Es necesario sepultarlo antes del anochecer, para que las sombras de la noche no le enturbien los caminos del cielo.

En algunos pueblos del norte -sobre todo en Santiago del Estero, isla folklórica-, el velorio del angelito esplende en toda su ortodoxia, con canto y baile.

La pampa, cuyos vientos saludables parecerían arrastrar, en el aroma de la altamisa y el trébol, ese aire de purificación, barredor de la muerte y sus reverenciadas ceremonias -siempre más graves en la callada opresión de los cerros o los páramos-, no fue, sin embargo, ajena a estos actos de confusa y equívoca piedad. Hoy, la llanura ya no los contempla, aunque hace medio siglo apadrinaban, con igual eficacia, duelo, pendencia y diversión.

### III

Las glosas que siguen quisieran para sí la gracia de los retablos populares, ese candor lleno de añorada verdad, de sonriente sabiduría, que saben poner en sus cosas los imagineros del pueblo.

En vano la excesiva literatura quiere enmendar la plana al verso popular. La enmienda -casi siempre-, lo acicala, pero lo empobrece. La cultiparla lo desvía de su curso de puras aguas, y el cantar recogido -calandria libérrima- languidece, opaco, entre las rejas de la preceptiva.

Inocente, la copla ejercita sus propias luces, no negada al brillo más secreto. Se equivoca quien la piense trivial, quien se deslumbe con su mero color. Cuando ella asume la total Poesía -claro que no siempre-, en su entraña anida también el misterio que lo más exigentes piden al canto. Alguna vez le llega esa gracia por vías azarosas y casuales. Tal como cuando la necesidad de la rima arrastra al cantor a la búsqueda de un término que, aun capricho en sí, alumbra la copla con una luz distinta a la ensombrece con penumbra nueva:

Angelito que te vas  
con una flor en la frente,  
en el cielo y en la gloria  
rezarás por tus parientes.

¿Quién nos negará que ese desusado homenaje -la flor en la frente- agrava la copla con su imprevista carga poética? Se piensa en una flor blanca, digna del homenaje: por ejemplo, un jazmín. Y se imagina que, sobre los ya

apagados pensamientos del niño, sobre ese mármol yacente de su rostro, en medio de la frente delicada, queda bien esa flor -mármol sobre mármol-, que parecería resumen de honores purísimos. Flores también habrán sido, hasta víspera, los pensamientos del niño, tan blancas como lo quisiera a su albedrío, y por estar hechas de pura imaginación vivirían perennes, nunca marchitas. Iguales excelencias invoca el anónimo poeta del cancionero cuando, encareciendo esa condición de pensada lozanía, jamás perecedera, opta:

... Por esa digo: no hay flor  
más linda que el pensamiento.

Cada lector acrecerá la copla con ordenada o desmandada representación. Corresponde al poeta legitimar el fruto azaroso de lo cual, aceptándolo o rechazándolo, según sirva o no a su voluntad de canto. Quizá escaparan al autor anónimo estas premisas, pero seguramente su instinto poético lo alumbró, aunque con luz no reflexiva.

Once son las glosas que siguen: número impar, imagen escrita -se nos antoja- de la unidad paralela a sí misma, como el ser ante su espejo. El prisma de la copla -de impensadas facetas- tolera y aun pide el orden mágico.

He partido de la riqueza -no siempre advertida- de nuestra poesía tradicional: los repertorios del benemérito Juan Alfonso Carrizo, con sus cancioneros de Catamarca, La Rioja, Jujuy, Salta y Tucumán; los trabajos e investigaciones de Jorge M. Furt, Orestes Di Lullo, Juan Draghi Lucero, Bernardo Canal Feijóo, entre otros. Testimonios de ayer y de hoy -desde Alfredo Ebelot y Tomás J. Hutchinson hasta Isabel Aretz- me han ayudado para sostener la ortodoxia del tema, a fin de que lo poético no se desmande en el mero capricho.

Son, pues, de nuestro cancionero tradicional las coplas que se transcriben en bastardillas. Al glosarlas, he buscado aumentarles el sentido, acrecentándolas, sin doctorarlas por eso. He querido también borrarles el demasiado color, destacando la línea delicada, para que en la construcción se advierta, sobre todo, el modo de empinarse hacia lo Alto. Por ello, elegí las coplas menos turbias de realidad, más ricas de entrañas poéticas, más levantadas de patetismo y misterio.

No es fácil atenerse a una tesitura de consciente ingenuidad y, dentro de ella, intentar una ascensión por una escalera pura, no transitada de

pretensión metafísica, pero tampoco ajena a su problemática. La vida y la muerte, sus cosas y alrededores, suelen engolar la voz del que sin convicción las invoca, hasta el extremo de parecer mera declamación, incredulidad proclamada con énfasis, lo que de ellas -las indudables- se dice.

He ordenado, en una buscada secuencia, las coplas que desarrollo, desde aquella en que el infante -con patetismo manriqueano- reniega de haberse asomado a la luz, hasta la otra en que, por final, sin negar lo cierto del duelo, se quiere confiar a las palabras, en su doble música de rima y pronunciada melodía, el no fácil trabajo de la consolación.

En algún momento me vinieron a la memoria las vivas adivinaciones de San Juan de la Cruz:

... Y me quedé no sabiendo,  
toda ciencia trascendiendo.

Pensé entonces en que, así como aquél pudo presumir el conocimiento total en el éxtasis, también la suprema inocencia del angelito era llave para instruirlo, en lo Alto, de todo saber, iniciándolo en la secreta arquitectura del mundo. Tal el pensamiento que desarrollo en la glosa que comenta:

Por lo mucho que lloré,  
por lo poco que viví,  
por lo inocente que fui,  
todo saber alcancé...

Todo ha sido, en realidad, pretexto para una trascendencia. En el movimiento inicial de las coplas -algunas, tan entrañables- hallé algo mío, cuyo hilo seguí hasta lo posible. No se trata de un mero ejército folklórico. Sí, tal vez, de una confesión indirecta, de un homenaje lateral. Quien canta, se canta; quien compadece, se compadece. En suma, toda realidad es un símbolo, y ésta también quiere serlo. En cada destino asumimos nuestra partícula de perdición, y en cada salvado buscamos salvarnos. No otra cosa dice la cinta inocente que convida a instituir al angelito en aventajado intercesor por un lugar en el buscado cielo donde, sin inquietud, el tiempo es un siempre.

L. B.



MADRECITA DE MI VIDA...

*Madrecita de mi vida,  
ahora basta de llorar.  
No me moje las alitas  
que no he de poder volar.*

Glosa

I

Consuelo encuentra el que llora  
en los ríos de su llanto.  
Halla paz en su quebranto  
la *urpilita* arrulladora.  
Consolación al que implora  
llega en gracia descendida.  
Pues que en forma tan sentida  
lloró su perdido bien,  
consuélese usted también,  
*madrecita de mi vida.*

II

Ya se secaron los mares,  
ya lo verde se enlutó,  
ya el lucero se apagó  
por no mirar sus pesares.  
Ya los fulgores de Antares  
no la quieren alumbrar.  
Tormento sobre pesar  
colmaron ya su medida.  
Madrecita de mi vida:  
*ahora basta de llorar.*

III

Sobre la hierba, el rocío.  
Sobre la rama, la flor.  
Y su trabajado amor,  
calentando el pecho mío.  
Las palabras de su envío  
quedan en el cielo escritas.  
Ya sus lágrimas benditas  
le procuraron consuelo.  
No me detenga en mi vuelo,  
*no me moje las alitas.*

IV

En el jardín de la gloria  
armaron función por mí.  
Del mundo me despedí,  
pero no de su memoria.  
Dejo una vida ilusoria  
por otra que ha de durar.  
Ya escucho, por mí, sonar  
las alabanzas del canto.  
Seque en sus ojos el llanto,  
*que no he de poder volar.*

¡PARA QUÉ PARISTE MADRE!

*iPara qué pariste madre  
este hijo tan desgraciado  
que en los primeros pañales  
se viste de amortajado...!*

Glosa

I

¿Para qué me acunaría  
el no fatigado brazo?  
El sol de tan corto plazo,  
¿Para qué me alumbraría?  
¿Qué sino me remitía  
al alto reino del Padre?  
Puede que a tanto albor cuadre  
la blancura de mi frente.  
A tan temprano sufriente,  
*iPara qué pariste, madre!*

II

¿No merecí concurrir  
al deleite del color?  
¿Sólo la postrera flor  
se me debía rendir?  
Apenas supe de abrir  
los ojos a un mundo amado,  
cuando los hube cerrado  
entre triste escarmientos.  
No tiene merecimientos  
*este hijo tan desgraciado.*

III

¿Qué hielo me requirió?  
¿Qué batalla me dio guerra?  
Del sustento de la tierra  
¿Qué decreto me privó?  
¿Qué palabra me llamó  
a mansiones eternas  
de obedecidas señales?  
Cuando la luna me criaba,  
menos desvalido estaba  
*que en los primeros pañales.*

IV

De la alegría, desvío.  
De los ángeles, escala.  
De los serafines, gala.  
Pesadumbre del rocío.  
Asombro del duro frío  
de un tierno fuego apagado;  
albor desacostumbrado;  
tal se mira, desasido,  
quien apenas es nacido,  
*se viste de amortajado.*

YA ME AUSENTO DE ESTE MUNDO...

*Ya me ausento de este mundo  
y de toda la campaña.  
Se vuelve ceniza y humo  
un hijo de sus entrañas.*

Glosa

I

Ya desluce y se marchita  
quien fue su jazmín dorado.  
Ya tuvo fin el cuidado  
de su ternura infinita.  
Ya una voluntad me cita  
a un existir más profundo.  
Es ya mi último segundo,  
ya nada me puede atar.  
Ya oscureció al aclarar,  
*ya me ausento de este mundo.*

II

Madre que mi ser formó  
y, con amorosa espera,  
en la tierra verdadera,  
como otro fruto me dio:  
ya el aire se me negó,  
ya el fuego no me acompaña,  
ya la sangre me es extraña,  
ya se va su hijo querido.  
De los llanos me despido  
*y de toda la campaña.*

III

Por lo mucho que lloré,  
por lo poco que viví,  
por lo inocente que fui,  
todo saber alcancé.  
Lo que será y lo que fue  
en principio y fin resumen,  
ya la vida le mostró  
que lo que usted más amó  
*se vuelve ceniza y humo.*

IV

Fui lucero señalado,  
fui su nardo amanecido  
y soy clavel afligido  
de su jardín castigado.  
Al cielo voy, alejado  
del mundo y sus alimañas.  
Entre músicas extrañas  
que mitigan toda sed,  
ha de rogar por usted  
*un hijo de sus entrañas.*



IV

ROMANCERO ARGENTINO

(1959)

A mi madre,  
*en su cielo.*

A Emma Felce,  
*esposa, compañera, inspiradora.*





## DECLARACIÓN

Luego de afinarme en despojados sentires -distancias, tiempo-, vuelvo ahora a las letras populares, mi gusto y descanso. Tampoco a ellas se les niega lo desnudo -su adorno viril- y aun lo aéreo, pero permiten además, con mayor disposición, el relieve palpable, la veraz novelería de la vida y, sin duda, lo vistoso y florido.

Es un alivio beber en esas aguas sabrosas, aromadas del yuyo pampeano o montañés, luego de haber buscado los manantiales severos -tan límpidos; tan fríos a veces- que nacen en las extranjeras piedras desnudas.

Estas trovas quieren imitar la voz del pueblo; la más alta, no la que le infiere vulgaridad y chabacanería.

Me honra -¡Y cómo no!- el parentesco lugoniano, pero invoco dioses más antiguos. Hermosos en su criolledad, el lenguaje del maestro se hace dialectal en ocasiones o, de puro castizo, sabe a Colonia. Mi humilde idioma es más próximo a nuestros días, respira ya un aire de Mayo, un cierto desenfado montonero.

Proclamo así, con todo respeto, un padrinazgo anónimo: el de nuestros cancioneros tradicionales.

¡Con qué ganas firmaría aquella cuarteta del romance de la muerte del general Quiroga, enunciadora del tremendo instante en que los prisioneros del atraco son ladeados hacia el monte, para ser degollados!

Y alzando nubes de tierra  
se alejaron de esos puntos;  
el polvo íbalos cubriendo  
porque iban a ser difuntos.

(Juan Alfonso Carrizo, Cancionero Popular de La Rioja, T. II, Pág. 57)

Obra de todos -quizá de alguna para muchos-, es bello imaginarle este significado: una polvareda inteligente, sabedora de algunos destinos, se les va acostumbrando a los que serán degollados, como premonitoria mortaja, también como tierra de final reposo. El compilador quiere sugerir solamente que el cantor es el anoticiado, pero es más hondo, más patético el primer supuesto.

Sumando desnudez y belleza, los cuatro versos de la copla agravan la anécdota sombría.

Es un gusto sentirse alumno de esa voz de siglos...

**L. B.**

## LA TELESITA

Santiagoño soy, señores,  
de aquella tierra bendita  
donde ya suman años  
que alentó la Telesita.

Y ya que el caso ha venido,  
permítanme que les cuente  
de la vida y los milagros  
de esa criatura inocente.

Rendidos amaneceres  
dormida la habrán mirado  
a la orillas del Dulce,  
por las costas del Salado.

Humildita y pobrecita,  
fue una cosita de nada,  
como un brotecito tierno  
que pudo quemar la helada.

Donosa en su honestidad,  
linda al par de otras muchachas,  
apenas la malcubría  
su camisita en hilachas.

En sus grande ojos negros  
iba temblando una pena.  
Sus dos trenzas daban marco  
a su carita morena.

Era, en su desosiego,  
como esas estrellas puras  
que, siempre por apagarse,  
desmayan en las alturas.

Temiendo servir de estorbo,  
contenta con lo preciso,  
vivió de la caridad,  
como pidiendo permiso.

Con su carguita de leña  
o su atadito pasaba,  
cuidando de no perder  
la limosna que lograba.

De alguna gente piadosa  
conseguía merecer  
un pedazo de tortilla,  
quizá de *pan de mujer*.

Sones de caja y violín  
la tienen embelesada.  
Su reino es la chacarera.  
Fuera del baile no es nada.

Allí donde escucha música,  
azorada se encamina.  
(Las pencas de los senderos  
no le mezquinan espina).

Ya se le enciende la luz  
de sus grandes ojos mudos.

Y a se entrechocan de gozo  
sus piecitos desnudos.

Al eco de una mudanza,  
con gracia se zarandea,  
bailando para ninguno  
hasta que el día clarea.

Así, danzando y cantando,  
libra sus penas al viento.  
¡Qué pecado habrá tenido,  
si le faltó entendimiento!

No tiene caudal alguno.  
Poco pesa sobre el suelo.  
Será por eso que Dios  
le mandará ese consuelo.

¿A qué puerta llamar puede  
que le den sosiego y calma?  
¿Qué otro consuelo hallará  
que bailar, solita su alma?

Sola vive en este mundo,  
sola a su danza se entrega:  
sola canta sus vidalas,  
sola se va, sola llega.

Pudorosa de la lumbre  
del sol y su reverbero,  
su carita le mezquina  
de vergonzoso lucero.

Y ya un ansia la conmueve  
si apunta el alba rosada,  
desde que estira la luz  
su primera pincelada.

Todavía los violines  
llorando están sus gemidos.  
A vagar entre los árboles  
vuelve a sus lares queridos.

Dicen unos que la hallaron  
una mañana de hielo,  
tumbada sobre una acequia,  
con los ojos hacia el cielo.

Aunque suponen los más  
que, en una noche funesta,  
viendo el incendio de un bosque  
lo tomó por una fiesta.

Ciega de lo que mentían  
sus pupilas asombradas,  
las que miró como luces  
se le hicieron llamaradas.

Poca tarea sería  
para ese fuego infinito  
hacerla una brasa viva,  
envuelva en su vestidito.

En puñado de cenizas  
lueguito iría a parar.

A quemazón semejante,  
¡Qué trabajo le iba a dar!

Un dijecito de plata  
llevaba siempre en el pelo.  
La conocieron por él,  
con el más dolido celo.

Ya murió la Telesita,  
en su tormento quemada.  
Promesantes del lugar  
la miran santificada.

Siete chacareras bailan  
a tenor de su deseo,  
y le dedican envites  
de aguardiente con poleo.

Unos le ruegan salud.  
Otros, con pedidos mil,  
que las ovejas perdidas  
las restituya al redil.

Unas velas de colores  
le encienden a la finada.  
La tierra fue su calvario,  
será el cielo su morada.

Allí, donde la humildad  
tiene duradero brillo,  
quedita se estará el alma  
de Telésfora Castillo.



## LAS VIDALITAS DE LAMADRID

Ese bravo Lamadrid,  
entre hombres de su gauchaje,  
cantando una vidalita  
les afilaba el coraje.

Y si a la lucha llamaban,  
su guitarra compañera,  
de tan dulce y querendona,  
se convertía en guerrera.

Gustaba ese general  
de pulsar el instrumento  
con unas notas tiernitas  
como caricias al viento.

Y en la quietud de los cerros,  
bajo el cielo tucumano,  
sonaría esa guitarra  
como las notas de un piano.

Pero de la misma caja,  
cuando la Patria amanece,  
va saliendo ese rumor  
como de río que crece.

Y desparramando fuego  
en el sentir de la gente,  
a pelear convoca a todos,  
y de una manera urgente.

Cuando ni galleta había  
y hasta la yerba faltaba,  
la sentida vidalita  
el ánimo levantaba.

Y con los puros recuerdos  
que su música traía,  
atropellaban los nuestros  
en la carga más bravía.

Gente curtida, señores,  
con haber sufrido tanto.  
Ni para vicios tenían.  
Sólo les quedaba el canto.

Pero de duros, nomás,  
mostrando un alma grandota,  
sus penurias y trabajos  
los tomaban a chacota.

Mientras van dándose tiempo  
para armar un triste chala,  
¡Libertad! La vidalita  
va proclamando con gala.

Y si alguno lagrimeaba  
no había de ser por blando,  
sino por considerar  
el tendal que iba quedando.

Muchos tendrían, por cierto,  
sus hijos y su mujer.

No pocos se largarían  
para nunca más volver.

Cuando Lamadrid cargaba  
haciendo temblar el suelo,  
sus vidalitas famosas  
oficiaban de señuelo.

Cosa que sucedería  
en no pocas ocasiones,  
pues llegó a tener el cuero  
bordado de costurones.

Apadrinando de nuevo  
sus pasados entreveros,  
habrá creído escucharlas  
en sus momentos postreros.

Y como quien en sus glorias  
halla reposo y solaz,  
Lamadrid se habrá dormido  
con el corazón en paz.

Aunque todo, caballeros,  
justo es que a su fin camine,  
durarán sus vidalitas  
cuando este canto termine.

## ESTECO SE ESTÁ PERDIENDO

*Salta, saltará, San Miguel florecerá  
y Esteco se hundirá.*

Profecía popular de la época

Lo que suceder debía,  
cabalmente sucedió:  
Esteco se está perdiendo,  
Esteco ya se perdió.

“Ciudad orgullosa y terea  
-te decía un peregrino-,  
no te vayas a perder,  
no sigas ese camino”.

Ay, ese día entre todos,  
ese trece de setiembre.  
Quién quedará por memoria,  
quién que sobre ruinas siembre.

Ay, año de mil seiscientos  
noventa y dos, enlutado.  
Quién quedará que entre escombros  
no esté muerto y sepultado.

Torres, cúpulas doradas  
y techos de pedrería.  
Altars de la soberbia:  
todo a los suelos venía.

Cien chorros de aguas hirvientes  
de la tierra brotan luego.  
Desde lo profundo suben  
unos hálitos de fuego.

¿Qué quieren los algarrobos,  
que buscan las verdes breas,  
librando sobre las ruinas  
sus combates y peleas?

Si ya nada queda en pie,  
si el duelo todo lo ha envuelto.  
Si apenas cantando, triste,  
se mira un pájaro suelto.

Allí fueron los tapices.  
Allí la gran platería.  
Allí las almas en penas  
se lamentaban todavía.

Allí Esteco a su castigo  
rindió duro vasallaje,  
donde el río de Las Piedras  
se junta con el Pasaje.

Nada queda de esos muros  
en que el vicio alzó su templo.  
Hagan memoria, señores,  
para que sirva de ejemplo.

## URQUIZA, POR SER TAN TORO...

Muere el sol día por día.  
Mueren bravos sin un lloro.  
También murió, caballeros,  
Urquiza, con ser tan toro...

Vayan liando un cigarrillo  
mientras afino, entre tanto.  
Fue para el año setenta,  
un día de Lunes Santos.

Ya comenzaban los fríos  
y los pastos se doraban,  
cuando unos paisanos rudos  
en San José lo mataban.

Palacio voraceador  
era aquél, de tanto lujo.  
¡Quién diría que a la muerte  
le iba a servir de tapujo!

Pero como quiere Dios,  
así nomás son las cosas.  
Ahí quedó el charco de sangre  
coloreando las baldosas.

Y nadie le perdonó  
que ese valiente -se explica-,  
para hacer la Patria Grande  
sacrificara la chica...

Ya está brillando el lucero  
con sereno resplandor.  
Urquiza, con un amigo  
conversa en el corredor.

Ya la turba rencorosa  
entre alaridos se suelta  
y, a los gritos, amenaza:  
“¡Muera el traidor, dado vuelta!”.

Armados hasta los dientes,  
se estorban por darse el gusto.  
Estaba el capitán Álvarez,  
protegido de don Justo.

Un tal Mosqueira, un tal Vera;  
Teco -un indio-, el negro Luna,  
para acecinar a Urquiza  
vienen a probar fortuna.

No era de arrear con la vaina  
ni de escarmentar a un flojo,  
mas por designio de Dios  
no se van sin el antojo.

Ya el general advertido  
baja rifle y cartuchera.  
El corazón se le inflama  
de la sangre montielera.

Pero con segura mano  
ese Álvarez, diligente,

con un certero balazo  
viene a pedirle la frente.

Cubriéndolo con sus brazos,  
Lola -su hija tan chiquita-,  
entre sollozos implora:  
“¡No lo maten a tatita!..”.

Pero Nico Coronel,  
con otros mozos despiertos,  
tira varias puñaladas  
bajo esos brazos abiertos.

Ya las luchas entre hermanos  
dieron el temido fruto.  
Y a la Patria escarmentada  
puede vestirse de luto.

Ya le alzan un oratorio.  
En las losas del lugar,  
hay una mancha de sangre  
que nadie pudo borrar.





V

DÉCIMAS ENCADENADAS

(1962)

A mis ausentes,  
*a quienes mi sangre continúa.*



## INTENCIÓN

Décimas “atadas” llamaron nuestros antiguos a la glosa de la cuarteta octosilábica, resuelta en la cuadriga pujante y liviana de las estrofas que redondeó -si no inventó- Don Vicente Martínez Espinel. “Encadenadas” prefiero llamar esas décimas. La expresión convocadora de la imagen del juego y gracia de los eslabones, de su soltura inadvertidamente condicionada, refleja mejor la idea de una libertad sólo obediente al tirón de la rima, todo lo imperceptible que se pueda. No “atadas”, que parecerían desesperarse de sofocación, sino livianamente encadenadas por ley retórica, por necesidad de opie forzado, pero también, en mucho, por propia condición de lo humano, por limitaciones del corazón, por tener en él y no en el aire su raíz y sustento.

Y, sin embargo, ¡Qué bien que se vea en aquellas décimas su ansia de vuelo! Por puro ejercicio de poesía comencé a espigar en nuestros cancioneros anónimos aquellas coplas que más vida aleteaban, aquellas voladas del corazón del pueblo que permanecían milagrosamente vivas.

En ellas hallé el antojo del más puro lirismo, la más fina cortesía de amor, la metafísica llevada al grado de una tónica popular, a veces desafiante y acompadrada:

Yo soy el que siempre he sido,  
el que siempre he sido soy;  
no me hago ni me deshago,  
en un mismo ser estoy.

En otros casos, el misterio enuncia la omnisapientia, como si la copla hubiera sido escrita por Dios:

¿Quién existirá en el mundo  
que no lo pueda saber?  
No se me escapa una sombra,  
ni un alma que pueda haber.

Al intentar la glosa de las coplas del pueblo, quise probar primero si resistían el quehacer digresivo, si su desnudez elemental no se ofendía del vestido nuevo. Después pensé que lo toleraban y que, en algunos casos, quizás el desarrollo les amuchaba el sentido y las crecía de intención, color y hondura.

Aparte de lo que pueda tener de entrañable, este libro está compuesto como un cuadro, equilibrando, en el alternativo sentido de las glosas, sombra y color, pena y alegría. No disimula tampoco una progresión hacia la luz, para que la última impresión del lector sea afirmativa, como el autor lo siente.

Por mucho que nos pesen los dolores del mundo, suelo y tierra no suelen negar, en el trato con los seres, las estrellas, las plantas, sobrados motivos de sereno gozo.

Disponer a la copla su contorno, su alrededor poético no es cosa fácil. Dura prueba es rescatarla indemne de esa tarea aumentativa y hacer de tal modo que lo glosado se incorpore a ella insensiblemente, como un árbol más en el paisaje, o mejor como un árbol en llamas que, sin embargo, pareciera haber estado siempre allí, ardiendo desde el principio.

Yo lo he querido, hasta donde el corazón y la cabeza pudieron ayudarme.

L. B.

¿QUIÉN EXISTIRÁ EN EL MUNDO...?

*¿Quién existirá en el mundo  
que no lo pueda saber?  
No se me escapa una sombra,  
ni un alma que pueda haber.*

I

Yo sé los nombres secretos,  
sé las palabras vedadas,  
sé las fórmulas sagradas  
de anillos y de amuletos.  
De los vivientes y quietos  
conozco el sueño profundo.  
Del pensar más errabundo,  
su tejer y destejer.  
Que escape a mí conocer,  
*¿Quién existirá en el mundo?*

II

Estoy en la hierba fina,  
estoy en la piedra dura,  
en la viva levadura  
que el existir determina.  
Soy la sustancia divina  
del ser y del conocer.  
No me alcanza el perecer  
y desconozco el olvido.  
Nada hay de lo existido  
*que no lo pueda saber.*

III

A todo tengo presente.  
Abarco todo lo vivo.  
Amo soy y no cautivo  
del todo y lo diferente.  
Al cielo tengo por fuente  
y a la tierra por alfombra.  
Vive quien mi labio nombra  
según llamándolo voy.  
En todo lugar estoy.  
*No se me escapa una sombra.*

IV

Yo pinto al árbol de verde,  
yo fomento los veranos.  
Designo, entre los humanos,  
al que se salva o se pierde.  
El que me honre y recuerde  
habrá de permanecer.  
Yo soy lo que va a nacer,  
el hoy y lo sucedido.  
Ningún espíritu olvido,  
*ni un alma que pueda haber.*

## YO SOY HIJO DE LA NADA...

*Yo soy hijo de la nada,  
de la nada soy nacido,  
no tengo padre ni madre  
ni pariente conocido.*

### I

Aire soy, del aire vivo,  
del aire vengo, del humo.  
En mi nada me consumo,  
resumo lo fugitivo.  
De lo eterno soy cautivo.  
De una palabra sellada,  
de una sentencia olvidada.  
Principio no conocí.  
Yo tengo comienzo en mí,  
*yo soy hijo de la nada.*

### II

Nada le debo a este mundo  
ni a la sangre de las venas.  
Tolero nacer apenas  
de un pensamiento profundo.  
Como una música, cuando  
en mi sustancia crecido.  
No obedezco a la ley de olvido.  
Mi propio ser tengo en mí.  
Me origino y fundo en sí.  
*De la nada soy nacido.*



III

Soy mi propio caminar,  
soy mi único transcurrir,  
soy mi exclusivo existir,  
soy mi siempre comenzar.  
Soy el que puede esperar  
la eternidad que le cuadre.  
No hay momento que me encuadre  
en instante reducido.  
Yo soy un soplo, un latido.  
*No tengo padre ni madre.*

IV

Otros son tierra pesada  
y la tierra los reclama  
y en su momento les clama  
por su materia prestada.  
Yo, sustancia enamorada  
del aire soy. El latido  
de un universo perdido  
en mi refleja, cabal.  
No tengo ser terrenal  
*ni pariente conocido.*

YA VIENE EL TIEMPO DEL BROTE...

*Ya viene el tiempo del brote  
cuando los pastos maduran,  
lo que dos se quieren bien  
con la vista se saludan.*

I

Ya el invierno terminó,  
ya los verdes más tiernitos  
alindan los arbolitos  
que el frío desmanteló.  
Ya la helada se guardó  
penitencias de su azote.  
Ya un sol dorado y grandote  
calienta la tierra entera.  
Ya llegó la primavera,  
*ya viene el tiempo del brote.*

II

Yo quiero decir aquí  
el verdor de la *gramilla*  
lo blando de la *alfafilla*,  
la gracia del *capicuí*.  
Lluvias le den, otrosí,  
las humedades que apuran  
y las savias apresuran.  
Abriles les den contento  
en su verdor y fomento,  
*cuando los pastos maduran.*

III

Ya el verano y su violencia  
aguardando turno están.  
Ya su fuego soplarán  
soles de dura opulencia.  
La mucha magnificencia  
del fruto halla en sí también  
su fundamento y sostén.  
Amor y corazón blando  
se conciertan, como cuando  
*lo que dos se quieren bien.*

IV

Cuando bien dos se han tenido  
de igual sentimiento presos,  
allá son los embelesos,  
las finezas y cumplidos.  
Correspondientes latidos  
sus corazones anudan.  
Ni las ausencias los mudan  
ni años les truecan firmeza.  
Se entienden con la cabeza,  
*con la vista se saludan.*

VI

EL RÍO DE LOS AÑOS

(1964)

A Emma,  
*siempre.*



TIERRA

*Ella es bastante para darnos  
a todos la sustancia eterna.*

Juan Ramón Jiménez

Ella nos dice la palabra viva,  
nos guía por un rumbo iluminado  
y nos muestra el camino señalado  
para la perfección definitiva.

Para su mundo de laurel y oliva,  
para su pobre mundo ensangrentado  
va, puro y redimido de pecado,  
el triste corazón, a la deriva.

Ella nos amortaja con su veste.  
Su oscuro reino de milagro y cieno  
abarca Norte, Sur, Este y Oeste.

Nos da la clave de lo ultraterreno,  
el signo impar, el número celeste  
para que regresemos a su seno.

## RUIDOS NOCTURNOS

Tristes maderas, vidrios o sufrientes herrajes,  
anillos, foscas piedras, caracoles marinos,  
lamentan en la noche sus contrarios destinos  
y buscan sus orígenes, extraños y salvajes.

Entonces suben himnos ocultos, homenajes  
donde los mares lloran. Y sollozan los pinos  
por humilladas mesas y estantes anodinos,  
cruelmente separados de troncos y ramajes.

Y un motín de murmullos eleva sus clamores  
de sospechosos y altos, graves aparadores,  
y de crujientes cómodas y muebles taciturnos.

Y con el alba tímida, súbitamente callan.  
Y de nuevo en las sombras, en su lamento estallan,  
y la palabra inician con los ruidos nocturnos.

## LA BELLEZA

*Mes yeux, mes larges yeux aux clartés éternelles!*

Baudelaire

Diosa perpetua, solitaria esquiva  
de cuyos ojos una luz emana  
que las cosas preserva, que los años  
en atónita magia restablece:  
catervas mil de adoradores ciegos,  
en muda imploración, hasta ti llegan,  
a recoger de tus sagrados ojos  
el rayo que los haga inolvidables.  
Sobre la tierra madre, gesticulan  
sin sentido aparente, más heroicos  
son a tu corazón, y quizás caros  
a Dios, que eternos decretarlos quiere.  
Con ebriedad de un vino extraterreno,  
ellos pasan cantando, y atraviesan  
ciudades temblorosas, y levantan  
una tea de lumbre combativa,  
que crece en su batalla con el viento.  
Belleza: a tus vertientes inmortales  
llegarán, por los siglos, peregrinos,  
y tú la sed les calmarás apenas,  
y más sedientos volverán, buscándote.  
Pero, en tanto, una piedra, una semilla,  
lentamente se va depositando  
allí donde, a resguardo de los días,  
un templo se alza, verdadero y fúlgido.  
Y quienes de tus ojos esa lumbre  
buscaban, penitentes, de rodillas,  
recibirán, un día señalado,  
el Pan Fundamental, la clave cierta.



## LAS NUBES

Naves de Dios, las nubes,  
en su inconstante nácar,  
las formas de otros mundos  
pausadamente ensaya.

A veces, como barcos  
inmóviles, recalán  
a las orillas mismas  
de la costa más alta,  
donde el fluyente río  
de la linfa más clara,  
sin que retome nunca,  
desenvuelve sus aguas.

Las nubes, otra vez,  
en labor desmandada,  
su vellón sin pecado  
dispersamente carda  
o sus banderas níveas  
encrespan como barbas  
de dioses que las bridas  
de los vientos desatan.

Si un sol atardecido  
su perfil les esmalta,  
prohibidas de oros altos,  
sonoramente ensanchan  
su generoso mundo  
desde donde dispara  
sus últimas saetas  
quien las exorna en gualda.  
¿Qué mano las dirige  
desde la tarde en calma?

¿Quién las serena en blanco  
o en ceniza las alza?  
Cuando sus duros látigos  
el relámpago ensaya,  
un gran pavor antiguo  
las ensombrece y rasga.  
Nubes, del infinito  
pasiones instantáneas.  
Huyentes formas, ídolos,  
como nosotros, pasan.

### LA PIERNA DE RIMBAUD

¡Oh, Dios! ¿Es éste el vaso mísero que elegiste  
para el vino sagrado y quizá execrable?  
Alguien se torna lúcido de embriaguez dulce y triste  
y presiente la aurora del día interminable.

Yo veo al castigado, al rebelde, al sediento  
sumido en una inmensa desolación exacta;  
madurando, paciente, bajo el sol más violento,  
como un fruto del trópico, su pierna tumefacta.

# VII

## MEMORIAS ARDIENTES

(1970)

A Emma,  
*única.*

A Livia y Miguel Ángel,  
*la verde rama.*



## EL GRAN RESCATADOR

Investido de los poderes que proporciona  
un ejercicio cuya lucidez mata.

El Gran Rescatador  
obedece a su deber ineludible  
de nombrar y nombrar seres deshabilitados,  
cosas a las cuales  
su piel se adhiere con instantáneo amor,  
parientes oxidados y personas ausentes.

Se propone el iluso  
devolver vida por vida,  
desangrarse de si mismo  
en el instante único en que la Poesía  
desciende a nutrirlo con alimento infernal  
y, haciendo de lo que destruye materia resucitadora  
compadece todo aquello se halla separado de su tallo  
y quisiera revertir el curso de los ríos,  
edificar otra vez en su carne  
el acostado bosque de sus fieles difuntos.

¿Qué se paga por ese don,  
qué precio se considera suficiente?  
Por lejana tiene la promesa  
de mirarse cara a cara,  
sombra a sombra,  
con sus iguales en alegría y desdichas,  
en el minuto nopreciado  
en que una Eternidad que el hombre ha concebido  
quizá lo espera  
para que se cumplan las Escrituras.

Pero él ansía, terrenal aún,  
convocar de una vez, sostener con su aliento,  
dar algo para siempre de su sangre más honda,  
a favor de un instante, no más, de un fulgor  
de quienes lo acompañan, lo arrastran y se han ido.

## LA NARIZ Y LOS PIES

De un hombre tendido,  
de la soledad cubierta por una sábana piadosa,  
de la camilla de cromo nefasto  
que va por los pasillos con la goma en las ruedas  
y desciende en ascensores de infierno  
al hondón sin medidas de un sosiego  
inaugurado apenas con el alba,  
¿Qué se ve, proclamando todavía  
no un número sino un ser,  
no un tránsito cualquiera sino un hombre?  
La nariz, esa quilla que sobresale  
empujando al fatigado paño de algodón,  
contagiado, quizá,  
de ajenas defunciones  
que las lejías no borraron del todo,  
de otras muertes oscuras y emboscadas,  
hilo por hilo,  
entre los dobladillos de los hospitales.

¿Cuál fue el aire más puro que respiró?  
¿Qué flor le dio testimonio  
del estallante ardor con que la Tierra  
se manifiesta, interminable y hermosa?  
¿Le habrán nublado los tristes medicamentos,  
el acre olor de los cuartos cerrados,  
la plenitud de lo que se aspira con ansias?  
¿Todo fue, para su tránsito,  
el oxígeno de los laboratorios?  
¿Alguna memoria le quedaría



de una tarde en las quintas, de una plaza  
en que desfallecían de amor los eucaliptos?

La nariz es la quilla que, con apaciguada insolencia,  
quiere decir aún que todavía  
un hombre va de viaje por campos de algodones.  
Y los pies, entre tanto,  
emergentes también, como cándidas rocas,  
reconocen los precisos límites del mundo,  
no advierten, inocentes, que ya pisan las nubes.

## LAS BARBAS DE LOS MUERTOS

¿Con qué oscuro designio,  
hacia qué inútil termino,  
con qué vana porfía  
de insospechable celo,  
prescindible y tercas,  
en amargo destiempo,  
crecen, crecen y crecen  
las barbas de los muertos?  
¿No se resignan ellas  
a morir en el cuerpo?  
¿De qué musgo de sombra  
el rostro van cubriendo,  
cuando progresan ya,  
sobre el gesto postrero,  
los tristísimos verdes  
totales del silencio?

No sé. Pero porfiadas,  
tal vez obedeciendo  
a esperanzas de vida  
en tanto desespero,  
haciendo pie en la sombra,  
hacia la luz tendiendo,  
asomándose, oscuras,  
rubias o encaneciendo,  
crecen, crecen y crecen  
las barbas de los muertos.

## ESTOY EN LOS HUESOS

*Tengo estos huesos hechos a las penas.*

Miguel Hernández

Todos me dicen que cambie,  
pero yo estoy en los huesos.  
Me ajusta como una malla  
la piel que me cubre el cuerpo.  
El alma, que se me sale,  
la vuelvo a meter adentro.  
Luces y tinieblas lleva  
a sus claros aposentos.  
Educada de la vida,  
herida de sentimiento,  
pujando va por soltarse  
por los canales del Tiempo.

Todos me dicen que cambie,  
pero yo estoy en los huesos,  
las palabras se me pegan  
en el sentido más recto,  
llenas de tactos y voces  
y de rigores escuetos.

Ellas dicen lo que dicen  
con el más claro misterio.  
Yo las avalo y confirmo  
y les alcanzo alimento.

Hambreando de eternidades,  
aquí estoy, aquí me quedo.  
Todos me dicen que cambie,  
pero yo estoy en los huesos.

POR EL FILO DEL TIEMPO ME RESBALO...

Por el filo del tiempo me resbalo,  
sin barandales y sin asidero,  
intentando negarle al vertedero  
alma que ausculto, reconozco y calo.

En la mitad del corazón me instalo  
con todo el ser, efímero y entero,  
indagando hasta el día postrimero  
la orilla terrenal en que recaló.

Déjenme ser, llevado por los vientos,  
rescatado por altos pensamientos,  
llenando con pasión horas vacías.

Andando y viviendo, aunque fugas y herido.  
Precipitado a lo desconocido  
desde los barrancales de los días.



VIII

ROMANCES DE INFIERNO Y CIELO

FIGURAS Y EPISODIOS NACIONALES  
(1971)

A Emma, *compañera*.

A Moisés, *mi hermano, que  
me precedió en el canto*.

In memoriam.

A Livia, *mi hija*.

A Miguel Ángel, *poeta*.

In memoriam.



## INTENCIÓN

Estos romances no pretenden, en definitiva, adjudicar sin apelación la gloria o el castigo. Imaginan -si- un Cielo y un Infierno, eternos o provisorios, según se vea. De los actos de los hombres que se estratifican en lo histórico, no siempre conocemos su íntimo justificativo, su secreta intención. Sin sentirnos juez de nadie, recomponemos aquí, por algunos hechos exteriores, una posible dinastía de salvados y réprobos, sin que falte tampoco el incoloro limbo.

Nuestra historia es rica en movimiento y violencia, en pasión y exceso. Su contrapunto de realidad contra ilusión de hechos contra ideas, de campo contra ciudad, de chiripá contra levita, se resuelve, en no pocos casos, en tragedia oscura, en barbarie y grotesco.

El reflejo de ese ámbito, la pintura de ese cielo de tormenta bajo el cual arden, con luz contradictoria, la libertad y el terror, exigen un idioma quizá no sustituible. La recia verdad, el naturalismo sin blanduras; lo vulgar -si es necesario-, antes que el poetizado convencionalismo, son indispensables para encuadrarse en ese tónica. Nada que huela a recursos literarios, a lucimiento profesional, sino todo dicho con desnuda llaneza, en un idioma de cuasi campamento. Quizás sólo así sea posible conjurar con eficacia los vivos fantasmas de los duros años de la gesta nacional.

Se piensa en lo popular goyesco, hecho de sentir callejero, milagrería y terror, con el cálido ingrediente de una compasión inmensa. Quien encare una evocación semejante debe sentirse, pues, nadie y todos, con humildad, sin orgullo.

La agachada criolla, la sentencia grave, la ingeniosa picardía, el humorismo desaforado y aún cruel, ayudan a intentar el cosmos a partir de tan rico elemento disperso.



Ésa es la tónica que, con remota voz de cantar anónimo, quisimos para aquellos romances de este libro compuesto en humildísimas coplas.

Una cierta mineralidad, una consubstanciación con la épica de filosas aristas que conjurar, les impide la placidez el abandono, el amable arabesco. La acción imperiosa no dejar lugar a la contemplación distraída. Para no renunciar a la diversa voz de la intención gozosa y el agrado visual, y aún a los dones de un divagar más libre, hemos desarrollado en el tradicional romance octosilábico aquellos temas que no exigían las consecuencias de un prolijo suceder.

Al alternar una y otra forma, estos poemas imitan la variante de la acción y el descanso, el entrevero y el vivac.

Hemos querido, en lo posible meter vida en estos romances renunciando desde ya a todo aquello que lo hubiera inficionado de agradable convencionalismo.

No bastaría con saber que alumbra en ellos algo de la pasión que comentan, una chispa de aquel imponderable.

Mientras el alma se afina -llamada, quizás, por horizontes más anchas- salen a luz estos pensares y sucedidos, que maduraban en carpeta su mocedad. Ahí van. Que los pruebe el tiempo...

**L. B.**

JUAN LAVALLE SE ARREPIENTE  
(1839)

Trece de diciembre: día  
con una estrella funesta.  
El general Juan Lavalle  
muy bien que se lo recuerda.  
Fue en el año veinte ocho  
como al promediar la siesta.  
El cielo se oscureció  
a eso de las dos y medias.  
Un relámpago de plomo  
el aire aclara y atruena.  
Ese coronel Dorrego  
rueda, finado, por tierra.  
Diez años son que a Lavalle  
le remuerde la conciencia.  
El tiempo le resta días  
y le multiplica penas.  
La sangre que derramó  
se acaudala y prolifera,  
colora los secos pastos,  
trepas cuchillas y sierras,  
asciende por las montañas  
como una herida bermeja  
y en los valles tienta honduras  
de fosca correspondencia  
año de mil ochocientos  
treinta y nueve el año era.  
Es su cuartel de Corrientes  
Juan Lavalle se pasea.  
En el grave rostro altivo

una sombra se aposenta  
que le oscurece la frente  
y la mirada le aleja.  
Ante la plana mayor  
aquel hombre se confiesa:  
“Señores -dice de pronto  
con voz pausada y entera-,  
hoy es trece de diciembre,  
día de grande tragedia,  
fecha que me muerde el alma  
al igual que una culebra,  
aniversario de un luto  
que me confunde y desvela.  
Es un semejante día,  
en el medio de la siesta,  
Dorrego perdió la vida,  
pues yo perdí la cabeza.  
No lo quise recibir,  
ahogué piedad y clemencia.  
Por mi orden lo fusilaron  
con iniquidad tremenda.  
Yo era mozo de treinta años,  
lleno de fuego y violencia.  
Me pintaron la anarquía  
como una hidra siniestra.  
Vi los campos desolados,  
miré la patria deshecha.  
Quinientas bravías lanzas  
esperaban una seña.  
Al frente de tal mozada  
se me acabó la paciencia  
y, por imponer la ley,

con las leyes di por tierra.  
Al gobernador Dorrego  
aventamos campo afuera.  
Alzamos la paisanada  
de la provincia porteña.  
Después llegó lo sabido,  
cuando, en la estancia del Almeira,  
escribí el parte orgulloso,  
con insensata soberbia.  
En Navarro fue, en Navarro  
donde comenzó la hoguera.  
Llamé sobre mí a la Historia,  
asumí toda la afronta.  
¡Maldita sea la hora  
en que recibí unas letras  
que me turbaron el juicio  
como ponzoña que enerva!  
Ahora se encogen de hombros  
aquellos” casacas negras”  
que me empujaron al crimen  
con palabras zalameras.  
Balas que a Manuel Dorrego  
mataron aquella siesta  
contra mi se están volviendo  
para quemarme de penas,  
¿Quién permitió entronizar  
la tiranía más negra?  
Yo abrí las puertas a Rosas,  
la patria me pide cuentas.  
Conduélase Dios de mi alma,  
que yo he de hacer penitencia.  
Culpas de un crimen tamaño

soportaré hasta que muera.  
Andan diciendo que fui  
una espada sin cabeza.  
Busque las luces en otros,  
me di al brío de la guerra.  
Los soles de muchas patrias  
me curtieron la entereza  
y ahora me tiene vencido  
una culpa torva y negra.  
Juan Lavalle, desde ahora  
lleva su crimen a costas.  
Quiero borrar tanta sangre  
con la vida que me queda”.

YA SE ACABÓ AVELLANEDA  
(1841)

*A Bernardo Canal Fejjóo*

Tucumán, Córdoba, Salta,  
Jujuy, La Rioja: no queda  
ninguna esperanza en pie:  
murió Marco Avellaneda.

Año de mil ochocientos  
cuarenta y uno, señores.  
Por Tucumán anda Oribe  
con otros degolladores.

Cuando Lavalle y su tropa  
la pierden en Famaillá,  
entre esa gente unitaria  
Marco Avellaneda va.

Del fuerte, sin duda alguna,  
les hacen pitar tabaco.  
Avellaneda se aleja  
rumbo a la estancia del Raco.

Un aire de naranjales  
el pecho medio le alivia.  
Con dos paisanos galopa  
en derecera a Bolivia.

Luego que pueda lograr  
caballada suficiente,

a Jujuy, por Pampa Grande,  
se correrá con su gente.

Mas una suerte contraria  
les pone el alma de luto.  
Prueba de Dios ha de ser,  
que penetra lo Absoluto.

Pues en esa dirección  
se topó, para sus males,  
con Gregorio Sandoval,  
pasado a los federales.

Y rematando la infamia  
que para su historial escribe,  
ese traidor Sandoval  
los viene a entregar a Oribe.

¡Óiganle a ese doctorcito  
de tan delicada traza!  
De rebajarle los humos  
se encarga Mariano Maza.

Con un sumario de guerra  
le dan al asunto un corte.  
Lo acusan de haber formado  
esa “Coalición del Norte”.

Y, ya sin mucha paciencia,  
le ponen al caso fin.  
Con un cuchillo mellado  
le están tocando “violín”.

Cuando siente Avellaneda  
el cuchillo en la garganta,  
al tiempo que pierde sangre  
con desprecio se levanta.

Y midiendo a su verdugo  
con soberana altivez,  
aun le exige todavía:  
“¡Acabe pues, de una vez!”

Supo morir con su fe  
y sus ideas enteras.  
Apenas si contaría  
veintiocho primaveras.

Fue un llorado tres de octubre,  
en los pagos de Metán.  
De luto entero se puso  
la gente de Tucumán.

Pero una afrenta mayor  
les faltaba todavía.  
En una pica, clavada,  
la cabeza se veía.

Ya vieron hecho su gusto  
Oribe y Mariano Maza.  
Ya esa cabeza doliente  
sangra en medio de la plaza.

Menos mal que sepultura  
piadosa se le daría,



pues viene a ser rescatada  
por Fortunata García.

Ya esos hombres consumaron  
su tamaña iniquidad.  
Ya se acabó Avellaneda,  
pero no la libertad.

## EL SANTO DE DON JUSTO

(186...)

El Talar de Arroyo Largo  
-puro verdor entre espinas-  
vio nacer a un entrerriano:  
don Justo José de Urquiza.  
Concepción del Uruguay  
pocas leguas distaría.  
Allí nomás corajea  
el Arroyo de la China.  
Fue un dieciocho de octubre  
del lado de las cuchillas,  
en mil ochocientos uno  
(la patria no era nacida).  
Poquitos días después  
-no más de tres pasarían-  
el cura Juan Claramonte  
le está poniendo óleo y crisma.  
Unos cuantos lloriqueos  
para el caso bastarían,  
pues no era de hacer pucheros  
quien se apellidaba Urquiza.  
Los aires de la comarca  
el pecho le ensancharían  
y espadas de sarandíes  
le adelantaban noticias.  
Se fue ganando a mocito,  
progresando en honra y días  
y los demás de su historia  
es ya cosa conocida.  
Lancero a pecho desnudo,

el asta en su mano cimbra.  
Pero el día de su santo  
lo pasa entre su familia.  
San Justo y San Pastor caen  
cuando las ramas tiritan.  
(El calendario de entonces  
nueve de agosto les fija).  
Allí parientes y amigos  
se allegan a darle albricias.  
Don Justo, como un patriarca,  
goza en tanta compañía.  
Como señor de su casa,  
anchamente se prodiga.  
Y, aunque medio campechano,  
cumple con lo que se estila.  
A todos los agasaja  
según los tiene y estima.  
Es dadivoso padrino  
de la chiquilinería.  
Chocolates y alfeñiques  
a las criaturas destina.  
A los mayores celebra  
con fraganciosas bebidas.  
Pasan las fuentes de plata,  
repujadas y macizas,  
con mil sabrosos manjares.  
Y dulces y empanadillas.  
Ya nomás se están dorando  
en su asador reses lindas  
para que la paisanada  
a gusto y placer se sirva.  
A la salud de don Justo

todos beben, todos brindan,  
pero él ni gota de vino  
muestra en su copa vacía.  
Tan gaucho como señor,  
enterrerriano a medida,  
ni la ginebra lo busca  
ni la caña lo codicia.  
Dicen que hasta ni matea,  
para darle al vicio grima.  
A los obligos contesta  
con paisana cortesía.  
Unos duraznos grandotes  
que son su orgullo y delicia,  
lucen como a terciopelo  
sobre la mantelería.  
Ya se levanta don Justo  
entre esa gente sencilla.  
La luz más viva chispea  
en su copa de agua fría.

EL PALACIO “SAN JOSÉ”  
(1860)

*A Carlos Mastonardi*

DON Justo José de Urquiza  
se mandó hacer un palacio  
entre las verdes cuchillas  
de su país entrerriano.  
Concepción del Uruguay  
estaba a un tiro de lazo:  
¿Qué son unas pocas leguas  
para un hombre de a caballo?  
En memoria de su padre,  
“San José” lo ha bautizado.  
Por veinte años le fue albergue,  
hasta que allí lo mataron.  
Era casa de señor,  
soberbia de criollo fasto,  
mezcla de quinta porteña  
y estancia en medio del campo,  
de retiro de emperante  
y de fuerte desvelado.  
La sacó de su cabeza  
un arquitecto italiano.  
Le alzó dos torres cuadradas,  
le sembró estatuas de mármol,  
le soñó una columnata  
de puro estilo toscano,  
con una arcada graciosa  
que le festoneaba el patio,  
en donde el cielo hallaría  
dique y donoso recuadro.

Para gusto de la luna,  
le trazó senderos anchos  
y le lunó una avenida  
con magnolias a los lados.  
Le puso dos pajareras  
llenas de alboroto y pájaros  
y una fuente entre las dos,  
toda de hierro forjado.  
Un jardinero de Botnia  
-nación, pero muy baquiano-  
le inventó un jardín francés,  
lindamente dibujado.  
¡Cómo lucía en el alba,  
cuando el sol iba apuntando,  
ese color rosa fuerte  
de semejante palacio!  
La fábrica es un prodigio  
de miradores cuadrados.  
Entre tanta fronda verde,  
su claror es un descanso.  
La sala de los espejos  
multiplica los espacios.  
El comedor es cisterna  
de frescor, hondo y callado.  
Los billares entrechocan  
sus orbes amarfilados  
y el patio de honor batalla  
combates en ocho cuadros.  
Afuera, un blancor de bustos  
con sus diálogos de mármol:  
Julio César, Napoleón,  
Hernán Cortés y Alejandro.

La pila de la capilla  
deslumbra de albor pesado.  
El gran coro de madera  
de tallas es un milagro.  
Más allá, cuartos de huéspedes  
y parrales enjorjados  
y un gran lago artificial,  
criollísimo y veneciano.  
El palomar, en casillas  
excede seiscientos tantos.  
En el oratorio lloran,  
dos angelitos de mármol,  
y un sauce lacio se amustia  
desde aquel día nefasto  
en que mataron a Urquiza,  
la tarde de un Lunes Santo.

CRUZ CASTRO

(186...)

*A Juan Silbert*

Ese puntano Cruz Castro  
-montonerazo de cuenta-,  
cuando se llamó a sosiego  
pisaría los noventa.

Nacido allá por el año  
que a Dorrego lo mataron,  
jamás mezquinó la lanza  
las veces que lo llamaron.

La mucha edad lo encontró  
golpeado, más no vencido,  
siempre tan conversador,  
servicial y comedido.

De sus buenos tiempos viejos  
de baquiano y domador  
conservó, por todo lujo,  
un aperito cantor.

Y al tiempo que iba ensillando  
con amoroso cuidado,  
medio se confienciaba  
con su zaino colorado.

Por el trato, se diría  
que estaba hablando con gente.



(Por cierto que el zaino aquel  
no era animal aparente...).

Pero así, bichoco y todo,  
Cruz Castro no lo abandona.  
Si, de tanto que lo mima,  
lo trata como a persona...

Qué importa que se mirara  
rabincho y de anca llovida,  
si al animalito aquel  
le está debiendo la vida.

Sucedió en tierra puntana  
el asunto de la historia  
que aquí les voy a contar,  
si me ayuda la memoria.

Quizá por una diablura  
o vaya a saber qué enredo  
el tal Castro se indispuso  
con un Eduardo Quevedo.

Mandón y coronelazo  
que le había puesto los puntos  
y ordenó meterlo preso  
por esos mismos asuntos.

Allí se oculta Cruz Castro  
de sus mil perseguidores,  
en ese lugar que llaman  
La Quebrada de Las Flores.

Y olvidado cierta vez  
de sus muchas picardías,  
en un sembrado se tienta  
por comer unas sandías.

Pero -hasta parece adrede-  
bien casualmente se sigue  
que esa chacra es de Quevedo,  
el mismo que lo persigue.

Y por más casualidad,  
en esa siesta caliente,  
coronel y perseguido  
van a quedar frente a frente.

Con astucia, ese Cruz Castro  
medio se le hace el chiquito  
y dice que anda buscándolo  
para purgar un delito.

Y ya que -según conoce-  
se ha ordenado su prisión,  
viene a ponerse a las órdenes  
en aquella situación.

Al vuelo el Quevedo aquel  
pesca la burda patraña.  
Engañadora chacota  
le va jugando con maña.

Y al acercarse a su casa,  
con imprevisto suceso,

a ese ladrón de sandías  
manda que lo pongan preso.

Más esa noche -por burla  
de los destinos humanos-  
a Eduardo Quevedo asaltan  
los colorados riojanos.

Se alzan -mientras aprisionan  
mozada de la mejor-  
con un zaino y un overo,  
parejeros de mi flor.

Ya las suertes de dos hombres  
se están mirando igualadas.  
Cruz Castro y Quevedo llevan  
los dos las manos atadas.

Toda una noche y un día  
marchan esos prisioneros,  
guardados celosamente  
por aquellos montoneros.

Reposo demanda el cuerpo  
y les pide qué comer.  
Junto a un algarrobo acampan  
en aquel atardecer.

Y mientras se va dorando  
un costillar, despacito,  
chifle y “llanistos” conciertan  
uno que otro gorgorito.

Allí, más bien de mirones,  
están Quevedo y Cruz Castro.  
Al lado, los parejeros.  
Ya se va ocultando el astro.

Y en tanto se apaga el sol  
mandando su luz postrera,  
harta de vino y asado  
ronca aquella montonera.

La luna estaba redonda.  
Media noche era por filo  
cuando ese sagaz Cruz Castro  
se desliza con sigilo.

Y acercándose a Quevedo,  
por lo bajo le previene:  
“Voy a soltar el overo.  
Móntelo, si le conviene”.

“Es un flete superior.  
Súbalo y sálvese, pues.  
Yo intentaré hacer lo mismo  
algún momento después”.

“Gracias, Castro”, el tal Quevedo  
le murmura agradecido.  
“Si me salvas, te perdono  
todo lo diablo que has sido”.

Ya se desata Cruz Castro,  
no sin costarle sudor,

y al overo, con fineza,  
le resbala el maneador.

De un salto monta Quevedo  
y, esquivando la jarilla,  
deja aquellos montoneros  
y su famosa cuadrilla.

Mas es el caso que al zaino  
que disponible ha quedado,  
en la ocasión lo sujeta  
la muñeca de un soldado.

De modo que cuando Castro  
va y le retira el bozal,  
un cabezazo tremendo  
dio, asustado, el animal.

Al poco rato, nomás,  
se alborotó el campamento.  
Pero ya el Cruz Castro aquel  
disparaba como el viento.

Mas como tampoco andaban  
escasos de parejeros,  
a perseguirlo han salido  
unos cuantos montoneros.

¡Ah, overo de aquel Quevedo  
y zaino de ese Cruz Castro!  
¡Cuando, en aquella ocasión,  
les van a pisar el rastro!

Si eran como si supieran,  
en su brío y ansiedad,  
que esos hombres les confiaban  
su vida y su libertad...

Como si Dios, sin embargo,  
lo marcara con el dedo,  
en unos troncos caídos,  
tropieza Eduardo Quevedo.

Y, por un rato apreciable  
de ese modo demorado,  
les da, a quienes los persiguen,  
tiempo de ser alcanzado.

Entonces reza a la Virgen  
y, en una oración sencilla,  
le promete, si se salva,  
levantar una capilla.

Ya se recobra el overo  
y se larga a disparar,  
hasta verse con el zaino  
galopando par a par.

El alba en el horizonte  
es una dorada lista  
cuando los perseguidores  
ya se han perdido de vista.

Con alivio, esos paisanos,  
en seguida de abrazarse,

para confundir el rastro  
decidieron separarse.

Tres días galopa Castro  
y, por fin, una mañana  
puede verse entre los suyos  
en el pueblo de Cautana.

Quizá no lo conociera  
quien antes lo hubiera visto.  
Tiene la ropa en jirones.  
Tiene la cara hecha un Cristo.

Qué menos habría de ser  
si, por mucho que se amañan,  
garabatos y algarrobos  
los chicotean y arañan.

Luego que descansa Cruz  
de aquella prueba tan dura,  
a lo de Quevedo va,  
a contarle su aventura.

Y cruzando entre algarrobos  
el camino polvoriento,  
ve llegar al trote un hombre,  
medio desnudo y sangriento.

Aunque doblando camino  
parece volver el anca,  
al overo reconoce,  
cubierto de espuma blanca.

Y al cortar por un atajo,  
saliendo por la derecha,  
ya se halla junto a Quevedo  
y en un abrazo lo estrecha.

No por hombres desmerecen  
si, aunque no se lo proponen,  
recordando sus trabajos  
medio a lagrimear se ponen.

Dicen que, llevando a cabo  
la promesa que ofreció,  
aquel Eduardo Quevedo  
la capilla levantó.

Es cierto que, en los trajines  
de tantos años que ruedan,  
entre la indiada y los vientos  
ya ni los adobes quedan.

Pero dura todavía  
en aquella vecindad  
el recuerdo de dos hombres  
que hicieron una amistad.





IX

ROMANCES PAISANOS

(1972)

*A mis padres que eligieron esta tierra  
y duermen aquí su inacabable reposo.*

*A Rosita, Mery, Estrella y Samuel, sangre  
derramada cuya memoria sostengo.*

*A los humildes que me dictaron este libro.*

L. B.



## INTENCIÓN

He compuesto estos romances con alma artesanal, como modela el pueblo su inocente alfarería.

Los quiero pegados a la verdad, como la carne al hueso.

Tienen la luz mansa de un anuncio de amanecer.

Pretendo que parezcan escritos por todos o por nadie. Que echen raíz en la tierra y en ella florezcan, con naturalidad y alegría.

Su desnudez persigue la intención y la gracia. Tal vez sean más para cantar y decir que para leer.

Son homenajes a personas vivas o que lo fueron, o a seres imaginados que he sentido como vivos. Pintan destinos humildes pero armoniosos, realizados con plenitud.

Todos alaban un oficio llevado con honradez, el hacer de unas manos, el sentir florido, el alma limpia de los dueños.

También la felicidad de estar en el mundo, y la paz con que se lo puede dejar cuando se ha vivido con la utilidad de una herramienta.

**L. B.**



## LA TELERA

Tinogasteña es nomás,  
esa Juana Pedernera,  
y salen preciosidades  
de sus manos de telera.

De la Puntilla a El Pueblito  
o a la Banda de Lucero,  
a ninguna vi tejer  
con tan amoroso esmero.

Cuando, al cabo de unos meses,  
alguna labor termina,  
como santa de almanaque,  
la cara se le ilumina.

Y entrecerrando los ojos,  
como con gozo infinito,  
por su rostro hace pasar  
la chalina o el ponchito.

Parece que se embriagara  
con el natural color,  
y el alma se le va abriendo  
como una cerrada flor.

Se diría que a la prenda  
juiciosamente tejida,  
con cariño de telera,  
quisiera meterle vida.

Y que silenciosamente  
bendijera al Creador,  
por conducir a un buen término  
afanes de su labor.

Teje ponchos de vicuñas  
o buenas mantas de llama,  
pero más las solicita  
el florido sobrecama.

Porque le borda sus ramos  
en las esquinas y el centro,  
y ya su alma enamorada  
es un jardín hacia adentro.

Pone en su libre quehacer  
la fantasía bastante  
y deslumbran sus labores  
con el color fulgurante.

Sobrecamas codiciados,  
de lana de ovejas son  
en lacre, rosa, carmín  
y en amarillo limón.

En su telar, los colores  
parecen cantar a corro,  
desde el verde delicado  
al rojo sangre de toro.

Y bien que ella se desvive,  
por vocación y por gusto,

para darle a sus trabajos  
el color más firme y justo.

Así tiñe cabalmente  
según su designio y fin:  
de verde, con la jarrilla;  
de rosa, con piquillín.

El jume le da un naranja  
y, con la mejor fortuna,  
logra un bonito amarillo,  
con azafrán de la Puna.

Tiñen también de amarillo  
contra yerba y tramontana,  
y, para el rojo mejor,  
el cardón le da su grana.

Saca el marrón más lucido  
de la cáscara de nuez.  
Las pisaderas y el peine  
atiende una y otra vez.

Suben y bajan los lizos  
en el oficio que ama,  
y le tienden al dichoso  
un jardín sobre la cama.

En paz consume los días  
que su destino le marca.  
Así es Juana Pedernera,  
telera de Catamarca.



Apartadita la ven,  
tan lejos de los humanos,  
con su telar y su lana,  
ella nomás y sus manos.

Solita se ha ido quedando,  
pues sus hijos ya se han ido  
y en una revolución  
le mataron al marido.

En La Ramadita tiene  
su ranchito de una pieza.  
Sus labores la sostienen  
en su decente pobreza.

Con poquito irá viviendo,  
siempre que pueda tener  
flores para imaginar  
y lana para tejer.

## EL PAYADOR

*Al Dr. Augusto Raúl Cortázar*

De José Santos Varela  
-un hombre que ya es difunto-,  
les digo que fue el mejor  
payador de contrapunto.

El mejor -para mi juicio-  
de los que yo conocí.  
Tal vez, comparando, algunos  
no quieran pensarlo así.

Poco sé de los antiguos.  
Quien le gane, no ha nacido.  
Cantó y murió como un hombre.  
Que no lo tape el olvido.

En Azul fue domador,  
y en la estancia "Los Cardales"  
supo tener buena mano  
para sosegar baguales.

Pero ya la inclinación  
al contrapunto traía  
y, en cuanta fiesta se armaba,  
payaba por fantasía.

Allá por la Magdalena,  
donde llegó de cantor,  
tuvo por demás halagos  
como buen concertador.

Cuando algún alabancioso  
de payador alardeaba,  
mansamente se ofrecía  
y el contrapunto aceptaba.

Y al concertar sobre cosas  
de lo humano y lo divino,  
al atrevido dejaba  
en la mitad del camino.

Supo responder a todo  
improvisando con brillo.  
A veces, se vio forzado  
a 'pagar' con el cuchillo.

Pues quien se siente humillado  
no se van sin el antojo,  
y más de algún perdedor  
queda con sangre en el ojo.

Así que llega el instante  
de poner al lance punto  
y de que hablen los facones,  
aunque en otro contrapunto.

Se topan luego dos hombres  
que no se aguantan el genio  
y saltan y refucilan  
chispas que no son de ingenio.

Desde Dolores a Monte  
iban dejando una estela

las mentas bien merecidas  
de José Santos Varela.

Yo lo conocí en Maipú,  
donde llegó de mocito  
y payó de contrapunto  
en la “Esquina del Jarrito”.

¡Qué fintas, qué atropelladas,  
qué concertanzas, qué flores  
en ese truco y retruco  
de mozos concertadores!

Por horas y horas allí  
a todos nos tuvo en vilo,  
pues sus razones tenían  
punta, contrafilo y filo.

Y medio como chuseando,  
y sin perderle el respeto,  
al contrario bien sabía  
ponerlo en un duro aprieto.

También se las atajaba  
con advertencia y cuidado,  
porque para preguntar  
el otro no era quedado.

Así anduvieron pujando,  
igual que en una pulseada,  
hasta que, al fin, a Varela  
se la dieron por ganada.

Pues preguntó en la ocasión,  
sin obtener la respuesta,  
“qué cosas es la que más vale  
y cuál la que menos cuesta”.

Y aclaró certeramente,  
para dejarla explicada:  
“La que más vale es la vida,  
porque sin ella no hay nada”.

Y dijo también después,  
sin que a ninguno desaire:  
“De las cosas de este mundo,  
la más barata es el aire”.

Otra vez, en Chascomús,  
un payador, Juan Vilar,  
como haciéndose el chiquito,  
medio lo quiso topar.

Y al concentrarse el encuentro,  
en cuanto se afirmó,  
con afiladas preguntas  
a Varela lo apuró.

De entrada, nomás, le suelta  
una demanda endiablada:  
“Diga la distancia que hay  
desde el todo hasta la nada”.

Y le responde Varela:  
“Ha de ser, a mí entender,

la misma que se calcula  
desde el ser hasta el no ser”.

Ya medio Vilar se encona  
y replica: “Afírmese  
y diga dónde está oculto  
el fuego que no se ve”.

Y contesta ese Varela  
sin ninguna dilación:  
“En el centro de la Tierra  
y en mitad del corazón”.

Porfía Vilar y exige:  
“Dígame, cuando le cuadre,  
cuál es el mayor dolor,  
después de perder la madre”.

Y responde ese Varela:  
“Por hombre y por dignidad,  
el mayor dolor, entonces,  
es perder la libertad”.

Y ya pregunta Varela,  
y ya nomás me lo apura,  
y ya de hijo lo tiene,  
lo misma que a criatura.

Y a ese Vilar le responde:  
“Dígame, por gusto y gana,  
cuántas partes se distinguen  
en un estribo campana”.

Y medio Vilar rumbea  
ante el hombre que lo arrolla,  
y le responde en el caso:  
“Arco, baranda y argolla”.

“Le acepto -dice Varela-,  
pues no ha contestado mal.  
Mas no sabe dónde pisa,  
pues se olvidó del plantal”.

“Y hablando de bichos criollos,  
diga, de manera franca,  
de qué color es el huevo  
que pone la garza blanca”.

Se desconcierta Vilar,  
y Varela: “Aunque le cueste  
-le dice-, usted ha perdido,  
y el huevo es azul celeste”.

En el Tandil, otra vez  
en la “Esquina de Gordillo”,  
payaron de contrapunto  
Varela y Jacinto Trillo.

Famoso era el Trillo aquél,  
tenido como primero,  
y se amuchaban sus mentas  
de payador juninero.

Lo dejó entrar en confianza  
para apretarlo al final

“Dígame -empezó Varela-  
cuál es el más fácil pial”.

Y le responde ese Trillo  
como llevándolo en ancas:  
“sin revolear y a las manos,  
es el tiro de payanca”.

Luego Varela lo exige:  
“Diga, si de bicho sabe,  
cuántos huevos pone el tero  
y dónde anida tal ave”.

Y al ver que todos callaban  
y estaban como en el teatro,  
aclara: “Anida en el suelo  
y pone siempre de a cuatro”.

Otra vez, en Chivilcoy,  
con un tal Floro Godino,  
se presentó la ocasión  
de pagar a lo divino.

Y pregunta ese Varela:  
“Dígame, cuando le cuadre  
del sabio rey Salomón  
quién fue justamente el padre.”

Callado queda el contrario  
y, terminando la lid,  
al tiro dice Varela:  
“Sepa que fue el rey David”.



Así paya ese Varela,  
sin hallar quien se le oponga.  
Se acompañaba por cifra,  
aunque también por milonga.

Cuando Arias y aquel Racedo  
chocaron el Puente Alsina,  
dejó la guitarra a un lado  
y agarró su carabina.

Murió en junio del 80,  
cuando la revolución,  
vivando a ese Hilario Lagos,  
porque era hombre de opinión.

## EL GUITARRERO

*A D. Eduardo Falú*

Si dan crédito al sentir  
de este servidor de ustedes,  
no hubo, quizá, guitarrero  
como Ponciano Paredes.

Tuvo por la de seis cuerdas  
una pasión amorosa.  
Los dos -él y su guitarra-  
eran una misma cosa.

Por salvarlas de un destrozo  
hubiera dado a vida.  
Con cariño de varón,  
la trató como a querida.

Tal vez les parezca extraño.  
Tal vez en ella encerró  
los dolores que le dijo,  
las penas que le confió.

Y al considerarla, acaso,  
de sus dolores mortaja  
era como si guardara  
todo su vida en la caja.

Por eso, si algún estilo  
tocaba por fantasía,  
de la prima a la bordona,  
todo un mundo revivía.

Nunca oí sonar un triste  
con esa grave tristeza  
ni vi pulsar la guitarra  
con tanta delicadeza.

Entre él y la de seis cuerdas  
un diálogo se barrunta  
que viene de lo profundo  
y en lo profundo se junta.

A maravilla se entienden.  
Si Paredes preguntaba,  
bien sabía el guitarrero  
lo que ella le contestaba.

Los confesaba al tranquito  
la milonga y sus enredos,  
y ella temblaba al sentir  
la caricia de los dedos.

Si la adornaba con cintas  
de una china enamorada,  
imaginaba, a la vez,  
los celos de la encordada.

Y para darle consuelo  
y protestarle su amor,  
largamente la pulsaba  
con el acorde mejor.

Al afinarla, ajustaba,  
con una atención entera,

poniéndole a punto el alma,  
las clavijas de madera.

Y, según se presentara  
la conveniente ocasión,  
en los temples más diversos,  
por gusto y por variación.

Por piano o por medio piano,  
era tal como les hablo.  
Y en un tris y con baquía  
lograba el *temple del diablo*.

Ese que tiene una mágica,  
según opina la gente,  
y para facilitarse  
se estilaba antiguamente.

Porque hasta el gaucho más rudo,  
sin que pasara un mal rato,  
podía, con ese temple,  
rasguear lindamente un gato.

Pues, con las cuerdas al aire,  
vienen a quedarse así  
totalmente armonizadas  
prima, cuarta y sexta, en mi.

Bien que, bajo de la prima,  
para ajuste de la voz,  
la cuarto cae en octava  
y la sexta, en cambio, en dos.

Y va, cuando así se afina  
de modo propio y cabal,  
tercera en el sol sostenido  
y cuarta en mi natural.

Les aclaro, por si acaso,  
para que nadie confunda,  
que permanece en el tono  
si natural la segunda.

Y se sostiene la prima  
en el de su afinación:  
el si natural, al aire,  
para justa corrección.

Tal es el *temple del diablo*  
más conocido y cabal.  
Aunque prevengo que hay otros  
que suelen llamarse igual.

Pero vamos al asunto  
de que les hablaba a ustedes:  
las mentas del guitarrero  
de ese Ponciano Paredes.

Fue mozo sobresaliente  
entre gente de su laya.  
Yo no he encontrado ninguno  
que le pisara la raya.

Sin alardear de cantor,  
por su rasguído especial

y su punteo limpito,  
no le reconozco igual.

Su fortuna es su guitarra.  
Poco es lo que lleva encima.  
Era una fiesta escucharlo  
haciendo trinar la prima.

Y era un profundo lamento,  
como llanto de persona,  
la voz de varón curtido  
que entregaba su bordona.

Desde el Tandil al Azul,  
de Ayacucho a Olavarría,  
su fama de guitarrero  
constantemente crecía.

Y tanto llegó a cundir  
por su baquía y su brillo,  
que había llegado a Lobos  
y a los pagos del Tordillo.

Medio fruncida la frente  
y como ausente lo veo,  
en un marote lucido  
del más antiguo rasgueo.

O a los pies de las muchachas  
echando camperas flores,  
en el compás querencioso  
del prado o de los amores.

No hay baile en que no lo llamen  
y él se aviene a la alegría.  
Pero pienso que, en su adentro,  
una tristeza tenía.

Nunca le escarbé la causa,  
porque soy hombre prudente  
y no es propio curiosear  
en el dolor de la gente.

De ese Ponciano Paredes  
aquí la historia finó.  
La cuento tal como ha sido  
y como la siento yo.

EL DOMADOR

*Al Dr. Octavio R. Amadeo*

In memoriam

Para amansar un bagual  
nadie como Juan Chivico,  
que supo ser domador  
en la estancia "Abrojo Chico".

Humilde lo conocí,  
sin que lograra echar buena,  
ha venido con su suerte,  
allá por la Magdalena.

Poco he visto en el pago  
tan varón en su trabajo  
y tan limpito de boca,  
pues nunca soltaba un ajo.

Quedado con las mujeres,  
no era mozo picaflor.  
Se ve que lo trabajaba  
algún desgraciado amor.

Más que por la poca paga,  
por el gusto del oficio  
un caballo hacía de un potro,  
sin dejarle ningún vicio.

Le pondero, justamente,  
la paciencia que tenía.



Aunque a veces, en el grito,  
el indio se le salía.

Porque sacar de un bagual  
un caballo superior  
no es cosa que esté al alcance  
de cualquier frangollador.

Y como Fierro decía  
-y entiéndalo quien lo entienda-,  
hay muchos frangolladores  
que andan de bozal y rienda.

Y presumiendo baquía,  
en el fogón de los peones,  
no pocos vienen a ser  
domadores de tizones.

En pelo suele montar  
ese mozo Juan Chivico  
y gasta, de puro pobre,  
el estribo de pichico.

Para dejar como seda  
a los baguales, ya mansos,  
bien se aguanta sobre el lomo  
mil corcovos y abalanzos.

Tanto mejor es la doma  
si la gente no la apura,  
pues no es poco lo que lleva  
el tiempo de amansadura.

Bueno es para el redomón  
conversarlo por lo bajo,  
sacándole las cosquillas,  
trabajándolo de abajo.

Pero si el caso es de urgencia,  
de buena o de mala gana,  
potro que requiere meses  
se entrega en una semana.

Sale mañoso el bagual  
si se amansa con apuro  
y es muy difícil después  
asentarle el trote duro.

Y para más amolar,  
la penitencia no es poca  
sí, por causa del frangollo,  
resulta duro de boca.

Por no darle tiempo al tiempo  
queda el quehacer malogrado  
y culpan al domador  
de los vicios del montado.

Se florea Juan Chivico  
si es doma o es jineteada.  
Jamás estropeó a un bagual  
con alguna rebenqueada.

Y con ese Pedro Choique  
-el picado de viruela-

se daba el bárbaro gusto  
de domar a cuatro espuelas.

Ya le han enlazado un potro.  
Ya, con un pial, lo han volteado.  
Ya en el suelo, lo embozalan  
y lo dejan enriendado.

Ahora, embramado en un palo,  
le rebajan el furor.  
Les desesperan el brío  
tres vueltas de maneador.

Bellaco parece el potro,  
como el tala cuando pincha.  
Pero ya ese Juan Chivico  
se está ajustando la bincha.

Aunque le han puesto los cueros,  
el potro es de los ariscos.  
No ha sabido mezquinar  
manotones y mordiscos.

Difícultosa, tal vez,  
la domada se presenta.  
Juan Chivico, limpiamente,  
con un salto, se le sienta.

Y mientras clava la espuela,  
en cuanto se le sentó,  
a los apadrinadores  
“¡ilárguenlo!”, ya les gritó.

Allá va, a la disparada,  
el bagual enfurecido.  
Sacudiéndose a lo bruto,  
como un pampero ha salido.

No le valieron sentadas.  
Ya sopesa el cuándo y cómo.  
Ya, entre corcovos, advierte  
que tiene a un hombre en el lomo.

Y aunque amenaza bolearse,  
no se atreve al domador  
que a espuela y rebenque, ahora  
le está jugando rigor.

Por fin el bruto se entrega,  
como quien se aviene al mando.  
Y ya en la boca espumosa  
tolera el bocado blando.

Porque ni siendo pueblero  
alguien pensará que es bueno  
a bruto que ha de domarse  
plantarle de entrada el freno.

Ya regresa Juan Chivico  
con las más anchas sonrisa.  
Hubo yerra aquella tarde  
en la estancia “La Altamisa”.

Allá se va, en su gateado,  
con permiso del patrón,  
para unir, sindudamente,  
trabajo con diversión.

## EL RASTREADOR

*A. D. Juan Draghi Lucero*

Si, señores, soy de cuyo,  
la tierra donde ha nacido  
ese rastreador Calibar,  
por todos tan conocido.

No le pongo comparancia  
en el artes que solía,  
pero digo que Juan Sosa  
en nada desmerecía.

Y tal vez se le igualara,  
porque, aplicado a rastrear,  
tenía recursos y ardides  
que nadie ha de imaginar.

Era ese Sosa del que hablo  
hombre de Villa Mercedes,  
justamente de San Luis,  
como un servidor de ustedes.

Vio allí la primera luz  
y, aunque nacido en poblado,  
de muchachito vivió  
en Médano Colorado.

Temprano supo lo que eran  
desiertos y secadales,  
poblando en el Corralito  
con sus pocos animales.

Y en arrias de largo andar  
que para el caso destaco,  
va de Pozo de las Brujas  
a Médano del Guanaco.

Así se endurece y curte  
en esa vida sencilla,  
viviendo como de nada,  
lo mismo que la jarilla.

Apenas cambia un saludo  
en cualquier casual encuentro,  
ensimismado como anda,  
porque vive para adentro.

Y aunque pareciera ausente  
de casos y sucedidos,  
todo registran sus ojos  
chiquitos y renegridos.

Bajo esos cielos sin nubes  
y en esa vida callada,  
se le afinan los alcances  
del alma y de la mirada.

Y claritas se le muestran,  
de una manera completa,  
la pisada que despista  
o la intención más secreta.

Distingue un rastro entre mil  
y puede decir al tiro

qué mula ha pasado ayer,  
más liviana que un suspiro.

Porque atiende a lo profundo  
del rastro, y, según y cómo,  
sabe si anda sin jinete  
o lleva peso en el lomo.

No hay huella que se le escape,  
ni por leve ni por honda.  
Ni confundirlo consiguen  
los remolinos del Zonda.

Pues donde todos no miran  
otra cosa que un hoyito,  
él la seña más patente  
ve dibujada y clarito.

De pronto, como cubriendo  
los ojos de unos reflejos,  
pensativo se ha quedado,  
como mirando a lo lejos.

Y sale con rumbo fijo,  
con cabal seguridad,  
porque en las huellas del aire  
ha olfateado la verdad.

Así, sin dar a ninguno  
la menor explicación  
como inspirado por algo  
parte en cierta dirección.

Y yendo derechamente  
o haciendo un preciso ruedo,  
al malhechor que descubre  
lo señala con el dedo.

No habrá quien le ponga peros  
a su fundada sentencia  
pues para rastrear culpables  
le sobran ciencia y conciencia.

Y ni el más pintado juez,  
en semejante ocasión,  
le ha de discutir el fallo,  
ni por equivocación.

Porque es igual que si Dios  
desde arriba enviado hubiera  
el rayo de la justicia  
que a la tierra descendiera.

Vanas serán las argucias  
que imagine el perseguido  
para turbar a Juan Sosa  
o dejarlo confundido.

Marchar y retroceder,  
andar, si es del caso, a gatas;  
descalzarse aquí las botas  
para cazar las alpargatas;

subirse a un árbol; bajar;  
seguir; girar en redondo;



meterse en algún arroyo  
y avanzar por lo mas hondo;

borrar con cuidado extremo  
la más liviana pisada:  
nada logra el perseguido,  
porque su suerte está echada.

Si sale de algún canal  
de los que corren en Cuyo,  
lo venden las gotas de agua  
que han salpicado algún yuyo.

Puede, por disimular,  
atarse un pañuelo al pie;  
parece que ese Juan Sosa  
nada mira y todo ve.

El afán del reo por  
disimular donde pisa,  
merece del rastreador  
una callada sonrisa.

Por sentir que compromete  
el honor de su persona,  
a mayor dificultad  
más se empecina y encona.

Pues el don particular  
con que el Creador lo ayuda,  
sin negar a quien lo dio  
nadie ha de poner en duda.

Él ve donde nadie ve,  
metido en su pensamiento:  
en los médanos, la huella;  
las señales en el viento.

Y atando perdidos cabos,  
muestra con finas razones  
las enredadas argucias,  
las torcidas intenciones.

Así lo avanzó la edad,  
en esa vida sencilla:  
las arrias y los rastreos,  
el mate y la sopaipilla.

Murió más que centenario,  
entre esa gente vallista,  
sereno en su desventura  
de haber perdido la vista.

Poco antes de que sus ojos  
dejaran de tener lumbre,  
cargado de años, rastreaba,  
por placentera costumbre.

En su paz reposará,  
libre de afán y desvelo.  
No mucho le habrá costado  
rastrear las huellas del cielo.

## LA MÉDICA

*Al Dr. Bernardo Canal Feijóo*

En el pago de azul  
fue, en otro tiempo, mentada  
como médica famosa  
la Petronila Tejada.

Comadrona y hasta bruja  
que, allá en el año 90,  
medio siglo había vivido,  
si no me falla la cuenta.

Dicen que, cuando muchacha,  
avivando unos rescoldos,  
un malón cayó de golpe  
y la llevó hasta los toldos.

Porque antes de que ese Roca  
se atreviera con su gente,  
la indiada de las Salinas  
solía mostrarse insolente.

A cuchillo había pasado  
pagos como el de Dolores,  
y el Tandil y Olavarría  
vivían a puros temores.

Temerario era poblar  
junto a al frontera, y pienso  
que se pasaba entre sustos  
y con el alma en suspenso.

Y por más que en los fortines  
haya varones cabales,  
las indiadas repetían  
esos avances fatales.

Es claro que se somete  
cuando la tropa se instala  
y la frontera protege  
con telégrafo y con bala.

Pero antes, cuando sus triunfos  
le dan confianza y coraje,  
no hay partido que se libre  
de la furia del salvaje.

Pura chuza y alarido,  
con boleadoras y lanzas,  
pago al que infiel entró  
que deje atrás la esperanza.

Un malón cae al Azul  
en eso que amanecía,  
cuando apenas coloreando  
se ven las barras del día.

A merced de la sorpresa  
roban, incendian y matan.  
Como si fueran demonios,  
fieramente se desatan.

Lleva el indio en su atropello  
todo lo que logra alzar:

hacienda, tabaco, caña  
y hasta una virgen de altar.

Entre las pobres cautivas  
que caen en la redada,  
ahí va -moza todavía-,  
la Petronila Tejada.

Por sabido que en los toldos  
sufrió penares sin cuento.  
Con astucia la sacó  
la partida de un sargento.

Allí vivió por seis años,  
entre crueldades y vicios.  
De las chinas aprendió  
conjuros y maleficios.

Entonces se hizo soldado  
y, por sus hechos y acciones,  
más que faldas de mujeres  
mereció los pantalones.

Todavía se recuerda  
cuando, cerca de Junín,  
ella y catorce muchachas  
defendieron un fortín.

Se remedió como pudo,  
hecha al rigor y al coraje,  
y aprendió a curar con yuyos  
en esa pampa salvaje.

Y avecindada a lo pobre,  
en un rancho ya tapera,  
pasó, casi sin sentirlo,  
de milica a curandera.

Aunque no es ponderación  
ni alabarla me propongo,  
diz que curaba las fiebres;  
qué digo, hasta el chavalongo.

Y con especial virtud  
y del modo más sencillo,  
aliviaba los ardores  
que vienen del tabardillo.

Con unto de tamarindo  
iba atajando ese mal,  
y bien que lo reducía,  
si no era caso fatal.

Una vez curó de un daño  
a un paisano del Tuyú  
pasándole por la cara  
una pluma de ñandú.

Para cólicos y males  
que dejan la piel manchada  
un té hacía con la hojas  
de la espina colorada.

Tenía su recetario.  
El paico, para el empacho;

para el mal de corazón,  
la flor del retamo macho.

La mocita ya pintona,  
seguramente precisa,  
cuando empieza a ser mujer,  
la ayuda de la altamisa.

Eche unas hojitas tiernas  
en algún vino cordial,  
y a las primeras copitas  
ha de aventarle su mal.

Así disponía, en el caso,  
la Petronila Tejada,  
curandera y comadrona,  
mujer experimentada.

En no pocas ocasiones,  
para chicos con lombriz,  
con sólo un té de granada  
hizo una cura feliz.

A ese Aparicio Rolón  
-puedo decir, asimismo-,  
con flor de jarilla macho  
lo curó del reumatismo.

Para dolores de muela,  
-es caso resolutivo-  
aplicaba en la mejilla  
la panza de un sapo vivo.

Y para el mal del oído  
una receta muy vieja:  
la mota de negro, frita,  
introducida en la oreja.

No le valían, a veces,  
conjuros y profecías,  
cuando a un niño lo atacaba  
el mal de los siete días.

Y si moría el infante,  
era su llanto sincero,  
porque no ejerció su oficio  
por lucro ni por dinero.

Y con esto, caballeros,  
la historia está terminada.  
Que les valgan los ensalmos  
de Petronila Tejada.





X

LA MANO Y LOS DESTINOS

(1973)

A los cabalistas  
*que antecedieron*  
*mi sangre.*

A la memoria de  
Xul Solar,  
*sabedor de las ciencias*  
*de la secreta luz.*



## IMPRESIONES DIGITALES

Como el sello de Salomón,  
como claves establecidas e ineludibles,  
definitivamente aposentadas en las yemas de los dedos,  
tal las figuras táctiles,  
identidad final, genealogía  
que muere en si, testigo  
del propio ser, del hombre perdido y olvidado,  
veraces, indudables testimonios.

Contemplemos otra vez,  
con quién dilucidadas secretas filigranas,  
la yemas de los dedos,  
el quizá laberinto inexorable.  
Allí se advierten arcos y extraños verticilos,  
perdurables deltas, islas solitarias,  
tatuajes descendidos con oscuro mandato,  
quién sabe para qué dolientes reencuentros.

La verdad es que su número único,  
su no repetido diseño,  
elude las fatales leyes de lo heredado,  
origina su propio, intransferible mapa;  
de su ser se alimenta y, como la serpiente,  
sobre si vuelve, circular y eterno.

Donde los dedos, con suavidad de mariposa,  
se asientan para el crimen tiernamente decidido,  
leves huellas repiten esas islas y deltas,  
inscriben su marea de inmóvil oleaje,  
y sólo el guante, de afelpada estafa,

ciega el gran ojo delatador: la lupa;  
tuerce el paralelismo razonable  
del crimen y el castigo.

Y mientras, agobiados por mínimos quehaceres,  
dado a su costumbre de vacua inoperancia,  
lo dedos -los ausentes, los cegados-,  
olvidan ese rastro de lo inmortal, nosotros  
indagamos su número verídico,  
la celeste, tal vez, naturaleza  
de unas líneas que acaso signifiquen destino.

No es el tatuaje del animal, la seña ardiente  
del fuego, que levanta su olor a pelo quemado,  
lo que entristece al hombre, sino esos quietos signos,  
esos jeroglíficos de progresión infinita  
que jamás, nunca vuelven a diseñar su impronta.

Millones y millones de seres  
nacen y mueren, y a cada minuto,  
alguien, con fiebre de inmemorial persistencia,  
imagina el sello nuevo, la variante inconfundible  
que nos hace único y distintos ante el rostro de Dios,  
y es, quizá, su obediente, su oscura contraseña.

## MONTE DE LA LUNA

El de los gestos vagos,  
el trabajado por evidentes premoniciones,  
el que levanta en su corazón un culto santuario.  
El dado a la conmemoración y al rito,  
aquél de atónita mirada y pálida tez,  
el que consume su vida en arduas ceremonias  
del más secreto signo;  
el desvelado, el extraño,  
vive bajo el imperio del Monte de la Luna.

Él afilará sus sentidos para las grandes respuestas  
reverenciará los anuncios,  
acatará todo signo esclarecedor,  
buscará sin sosiego,  
próximo a la muñeca, en la dirección del meñique,  
paralelo al de Venus, el monte que lo rige.

Los castos y meditabundos,  
los arrastrados por el río de la música,  
los fantasiosos y líricos,  
los signados por una memoria fidelísima,  
los imprecisos y esotéricos  
para los cuales es delicia la soledad sonora,  
que preserva secretos en el pecho dolido,  
son adictos del signo que la Luna señala,  
le obedecen, extraños, cegados por la luz  
de graves esmeriles que los turba y envuelve.

## LA MANO SATURNIANA

Regida por la tierra,  
llamada por sus jugos elementales  
y el oscuro dictado de Saturno;  
identificada con el orden ineludible  
del claro curso de las estaciones,  
apretada, veraz, sincera, dura,  
la mano saturniana  
concreta su aire de azadón o pica,  
modela con rudeza,  
de nudosidad en nudosidad  
figuras vegetales de un ardor combativo.

Hecha para el polvo y la raíz,  
nacida para fomentar durazneros desde lo profundo,  
asume su destino de árbol vivo,  
se sabe como un fruto de áspera superficie,  
salido de la tierra, pero sólo un instante.

Una amistad sin término,  
con filial comprensión, la cubre de raíces.  
Una antiquísima reverencia  
la mueve a la labor, la inclina al suelo,  
la hace empuñar la pala, herir el rostro  
de la Madre Total, desmenuzando,  
con un amor dictado por cierto parentesco,  
los húmedos terrones de aroma subterráneo.

XI

EL BELLO MUNDO

(1981)

A mis ausentes,  
*asumiéndolos.*

L. B.





## LAS PIEDRAS

Piedras: testigos ciertos, hechuras de la Eternidad en las que  
acecha el ímpetu como un rayo  
emboscado.

Trofeos impasibles  
que la batalla inmensa denuncian y pregonan  
de cuando crepitaban las fraguas de este mundo.  
Ojos ciegos del caos, hijas predilectas del silencio,  
que aún su secreta flecha de luz interna guardan.

Por algo el hombre las elige como profesoras. Por  
algo su piel de indiferencia se resigna al tatuaje  
y los pálidos días le transfieren un signo  
hasta hacer inmortal un instante, un minuto.

Como la pupila de un fruto redondo,  
así nos miran ellas, pesadamente grises.  
O se coloran de arduos minerales, y cantan  
como flores eternas su ser inacabable.

Un parentesco de huesos  
nos aproxima, en duros alvéolos de calcio,  
a esas hermanas últimas de clausura durable,  
en cuyo ser están los vedados orígenes.

Por la sangre transitan sus hierros y sus cobres,  
el esplendor durísimo de vivos silicatos,  
las formas minerales que cristalizan, nítidas,  
hasta dormir un sueño de aparentes quietudes.

Tal vez en ellas, como en nosotros,  
Un afán cohesivo las declarara compactas,

Pero apadrinan, graves, sus íntimos sistemas,  
que ordenan quedamente, en el gris de su cielo,  
a semejanza de otros, estelares y altísimos,  
pero con la humildad de vivir en la tierra.

## PRINCIPIOS DE GENÉTICA

Vayamos al origen.

Un gesto se repite. Unos cabellos  
se coloran de un pardo terrenal y profundo,  
denuncian los trigales secretos que los nutren  
o se encrespan, diciendo de mares levantaticos.  
Con la disciplina que preserva  
lo propio y original de las especies,  
la nota que distingue a un hombre de un caballo,  
los genes se disponen en pequeños ejércitos,  
en una formación constante y fidelísima,  
de cuyo claro esquema nace un ojo. Una frente  
amanece. Una voz testifica su ancestro.  
Y perduran sustancias vigías en la sangre,  
proclamando indudables paternidades ciertas.

Somos ahora semejantes  
a un dios terrible y a la vez benéfico.  
Algo se nos inclina sobre algún cromosoma.  
Un compás nos permite la variante minúscula  
que hará la voluntad sobre un rostro que nace,  
inventará, a designio, el superhombre último;  
disputará a los cielos la potencia infinita  
de regir lo que vive por la norma perfecta,  
para que el mundo sea gobernado por genios.

## NATURALEZA DE LA CEBOLLA

La cebolla es un templo.

Desde un orden concéntrico de alabastros desnudos,  
las naves de una clara catedral se levantan,  
destinadas a un culto de salud perdurable.

Ella inclina a un costado la pesada cabeza,  
reboza con un velo su interior de magnolia,  
fomenta francamente sus jugos categóricos,  
que hacen tersa la piel lunar de las mujeres,  
y es llamada a su sino de feria y malecones,  
a su honda vocación que la inclina al gentío,  
buscando el maridaje del pan y del aceite.

## CARACTERES HEREDITARIOS

Una uña reaparece.  
Nada es nuestro, todo es prestado.  
Nos decretan una mirada.  
Nos adelantan un sistema.

Nos imponen unos cabellos.  
Heredamos una sonrisa.  
Reproducimos otras voces.  
Representamos otros gestos.

Hacemos cosa que ignoramos,  
que fueron hechas de igual modo  
por los parientes que la sangre  
marcó, con signo paralelo.

Nos reiteramos duramente,  
acumulamos experiencia  
para el fulgor del sólo y Único  
que en el todo se difunde.

El Universo nos asiste,  
nos determina y nos penetra.  
En tanto, vamos en el mundo,  
significados por familias.

Una forma que se adelante,  
una mirada categórica,  
es la clave con que, tendidos,  
llaman los padres de los padres.

Crítica literaria sobre la obra *El Bello Mundo*, de León Benarós; realizada por Ángela Blanco Amores de Pagella, publicada en el diario La Prensa en febrero de 1982.

## PROFUNDA POESÍA

LA PRENSA 14 DE FEBRERO 1982

### EL BELLO MUNDO

por León Benarós

De ideas científicas, de genes y de piedras, de ramas y remotos ancestros, arácnidos devoradores. De insectos de tierra fecunda y de caracteres hereditarios, de especies confundidas, de humildes ceremonias y alabanzas de mínimos seres vegetales, de irónicas precauciones y extrañas comunicaciones, surge, alta, grave y profunda la poesía de León Benarós, quien viene a sumar con este libro originalísimo un título más a los muchos que le dieron un lugar importante en la poesía argentina. “El bello mundo” asombra por la rica y nueva temática -nueva a pesar de Lugones y de Neruda- y por la constatación de cómo el poeta ante realidades en apariencia totalmente ajenas al específico carácter de lo poético, canta con tono entrañable ese misterio que las cosas guardan dentro de su latido esencial.

El autor de las “Décimas encadenadas”, ese sutil enhebrador de metros y rimas difícilmente olvidable, es aquí el libre escritor que dispone a su antojo del aulal de una imaginación sorprendente que parte de una minucia y casi científica observación. Así, por ejemplo, en “Principios de genética” donde la metáfora se fusiona a la desapasionada reflexión. “Vayamos al origen./ El gesto se repite. Unos cabellos/ se coloran de un pardo terrenal y profundo,/ denuncian los trigales secretos que los nutren/ o se encrespan, diciendo de mares levantiscos”. O bien a la objetividad del pensamiento se une la lírica apreciación del azaroso destino del ser humano en su desamparo frente al mundo: “Hijos somos de lo cálido,/ herederos fugaces del huevo madurado/ entre paños de amor, con dependencia/ umbilical, que luego se interrumpe/ para dejarnos indefensos y últimos,/ a la merced del desamor del mundo”.

“Las piedras”, indudablemente uno de los más bellos poemas de este libro, logra notables acercamientos entre el ser humano y esos “trofeos impasibles/ que la batalla inmensa denuncian y pregonan/ de cuando crepitaban las fraguas de este mundo”.

No ha olvidado el autor de “Versos para el angelito” su conocimiento del folklore en algunos de estos poemas como “Virtudes de la ruda” o “encarecimiento del ajo”. Cobra dimensión estética la descripción en el poema titulado “Naturaleza de la cebolla”. “Desde su orden concéntrico de alabastros desnudos,/ las naves de una clara catedral se levantan,/ destinadas a un culto de salud perdurable”. Y el limón que “efunde una violenta primavera de olores” y “certifica azahares de nupcial aleluya”. Logra, como el poema dedicado a la mosca, en la pluma de León Benarós, una dimensión poética insospechada.

“El bello mundo” es un libro distinto. Surgido de cosas y seres pequeños y de principios científicos, así como de costumbres o ritos donde no está excluido a veces el humor. Sus composiciones reclaman un sitio de preferencia a la producción poética nuestros días.

Ángela Blanco Amores de Pagella.





XII

FLORA NATAL

(1983)

A Emma



## INTENCIÓN

Amerindia suelta los capitosos aromas de su mundo vegetal. Frunce los labios para el beso cuando nombra sus frutos de azúcar. Resuena con tambores graves al conjurar alguna desmesurada flor de la selva.

Tiene la sílaba estuosa para la enredadera enrevesada, cuyo ritmo se desenvuelve en infinitos rulos de ingénito barroquismo. Ella ensimisma los avaros y pacientes jugos del cacto, desmesura los árboles del trópico, pinta y repinta la mínima flor, determina la gradación de los verdes, desde los foscos y opacos hasta los claros y translúcidos.

No es capricho inventarle una propiciadora secreta, a la que llamaremos Flora Natal, que se viste en cada país con los atributos y adornos que ella misma inventa y fomenta, desde su laboratorio solar y terrígeno, como ordenadora de las ricas savias en que Amerindia es generosa.

Así, no como recurso literario sino como vívida alegoría la entendemos y como a señora la recibimos, pintando su andanza jubilosa y acompañándola en la gala de su cortejo. Ella deja Primavera por donde pasa, y su voz se hace de aquí, porque se le pegan a la lengua dulzuras del quichua como pampa; o azúcares del guaraní como mbucuruyá.

En los tercetos que la pintan asume y resume la flora de nuestro país, tanto la indígena como la cultivada. Su palabra quiere encontrar en la Poesía sostén y fundamento, pero sin olvido de la Botánica. Su pasión clorofílica anda por los clásicos carriles del verbo, pero su entusiasmo es romántico. Y cuando la invención se lo pide, también se atreve al neologismo con raíz.

El mundo por donde vuela, la República Argentina, se le da, con no demasiado capricho, en las varias zonas de su fitogeografía ilustrísima. Pero por duro gusto su viaje tiene acabo en un patio porteño, alborotado por malvones populares.

Ofrezco a la Patria esta guirnalda, tejida con amor.

L. B.



FLORA NATAL  
(*Fragmentos*)

Anuncio

*Primavera inmortal y sus indicios.*

Bernardo de Balbuena

Su verde cabellera Flora al viento  
suelta, y de las guirnaldas argentinas  
la gracia toda pone en movimiento.

La reverencian flores matutinas.  
Se le inclinan racimos vesperales.  
Trompetas o azucenas nacarinas.

Anuncian ya, con sonos vegetales,  
su alado y tibio paso, que subleva  
los verdes nuevos y fundamentales.

Flora Natal claro cortejo lleva.  
Su pie mueve tumultos de jazmines.  
El andar, de blancura se le nieva.

Su voz de clavicordios y violines,  
amadrinando la preclara hueste,  
alcanza hasta los últimos confines.

Al Norte, al Sur, al Este y al Oeste  
el primerizo brote es requerido.  
Es cielo su sin fin azul celeste

dilata. Es paraíso prometido  
el alto bosque. El monte achaparrado  
desentumece su arenal de olvido.

La selva hierve de fervor sagrado.  
Alegre mocedad pinta la estepa.  
El sur se despereza, enamorado.

El Delta escalas vegetales trepa.  
El aire es una fruta perfumada.  
Que Buenos Aires lo conozca y sepa.

Flora Natal anuncia su llegada.  
En su pelo retinto y argentino  
luce una flor violenta y colorada.

Amor, felicidad es su destino.

## PAMPA

¡Pampa! Toda su anchura no es bastante  
a la respiración de tu pampero.  
Flor Natal, de veste tremolante.

Madruga con el carro del Lucero,  
húmeda de clarísimos rocíos  
y despeinada al viento mañanero.

Y a pisa el mundo de los pastos fríos.  
Le sueltan su saeta, enamoradas,  
flechillas de inocentes desvaríos.

Va entre verdes gramillas sosegadas,  
avanza por un piélago amarillo,  
camina entre verbenas coloradas.

La púa ingenua del alfilerillo  
su pie no hiere. El macachin rosado  
alábala, con cálido estribillo.

Tímido de rubor acuarelado,  
jugosos de aniñadas clorofila,  
verde primavera y trebolado.

Indaga Flora la extensión tranquila.  
(La margarita, de total recato,  
denuncio a la atención de su pupila).

El mínimo bibí, de aroma grato  
sahúma entre las nieblas del rocío.  
El hinojal envuelve en su arrebato



la morenez del campo labrantío.  
Flora ejerce su don beneficioso.  
(El luto callo aquí del mío-mío).

El campo esplende, férvido y precioso  
Pérsico y acriollado, el duraznero  
aterciopela el fruto deleitoso.

Despunta el clavo ardiente del Lucero.  
Se puebla de flamencos la laguna.  
Se da la manzanilla en don sincero.

Sólo, con rigidez inoportuna,  
sus quebradizos filamentos hila  
el áspero mechón del pasto puna.

El ombú, paquidérmico, vigila.  
Su corazón, estuoso de nidales,  
conjura la sin fin pampa tranquila.

Flora se pierde por los fachinales.  
Como una diosa de salvajes plintos,  
trajina, sin herirse, arduos cardales.

La totora y sus verdes platelmintos  
le multiplican cintas, reverentes.  
Ella viola secretos y precintos.

La cortadera le improvisa fuentes  
de volcado verdor y le alza, al paso,  
rosados plumerillos inocentes.

O platea penachos al acaso  
o en nácar espumoso alumbra el cielo,  
en la insinuada pompa del ocaso.

Flora Natal se suelta todo el pelo.  
Su corazón, guerrero, se sosiega.  
Flota en el aire un indecible anhelo.

La sombra reina ya. La noche llega.



# XIII

## OTROS POEMAS

POEMAS PUBLICADOS EN DIARIOS Y REVISTAS



## LA DESPEDIDA

Pampa toda donosura,  
jagüeles míos, aguadas,  
lomititas aquerenciadas  
y de pareja lindura:  
¿Cuándo, madrugada pura,  
me verás de vuelta? ¿Cuándo?  
Trébol de olor, pasto blando,  
aromita del bibí,  
pagos donde yo nací:  
adiós que me voy llorando...

¡Qué cielito para cielo!  
¡Qué brillador estrellaje!  
¡Qué dadivoso el paisaje  
de su verde terciopelo!  
Como galopando en pelo  
el viento del sur venía.  
La pamperada subía  
azotando el totoral.  
Me voy, para bien o mal...  
¡Hasta verte tierra mía!

Tu viento hace estremecer  
de gozo las hierbas finas  
y vuelan tus becacinas  
como anunciando el llover.  
Todo es callar y aprender  
la lección que me estás dando.  
Tu alma es un vivir lerdeando  
entre frescor de rocíos.

¡Adiosito, pagos míos!  
Adiós, me voy llorando.

Aromoso biznagal,  
flamenquerío rosado  
plumerito empenachado  
de cortadera; juncal...  
Estancierío cabal,  
Laguna, que es un espejo:  
con mi tristura me alejo.  
¡Ah, días de un tiempo hermoso!  
Arroyito alabancioso:  
me voy llorando y te dejo...

¡Lindo tiempo en que mis días  
verdeaban, como los pastos!  
Eran otros... Para vastos  
hoy bastan las penas mías...  
Adiós, madrugadas frías,  
Campitos de pasto ralo.  
En su primor me resbalo  
Y me recuesto en su amor.  
Esos días como flor  
se daban del mismo palo...

Búsquenmele comparancia  
a semejante hermosura.  
Encuéntrenle coyuntura  
a las costumbres de estancia.  
Los días y su constancia,  
su sereno transitar.  
Los trigales; el linar,

cielo que se toca y ve.  
Tierra a la que me amigué:  
¡Nunquita te he de olvidar!

**León Benarós**

Publicado en la revista "El Hogar".  
Buenos Aires, 23 de diciembre de 1943.  
Poema sinfónico con el Maestro Carlos Guastavino.



TAL VEZ LO PEOR...

Tal vez lo peor no es morirse,  
sino lo que el verso glosa:  
convertirse en un objeto,  
pasar de persona a cosa.

Sufrir con impavidez  
grosería y manoseo.  
Mirar segada la fuente  
de la pasión y el deseo.

Ver apagado y sin fuego  
al inquieto corazón.  
Mirar cortadas las alas  
de toda imaginación.

No poder salir de sí  
pero pensar, por consuelo,  
que ya se ha soltado el alma,  
que es infinito su vuelo.

Y que a la Tierra dejamos,  
por estropajo penoso,  
el cuerpo usado, que ardió  
bajo el sol maravilloso.

**León Benarós**

Publicado en el Diario "La Gaceta", de Tucumán.  
Argentina, 2 de octubre de 1983.

## AY TIEMPO

Ay, tiempo, que nos reduces,  
nos menguas y simplificas  
y en el lecho de la Nada  
nos tiendes y sacrificas.

¿Sucesión interminable  
o inmóvil eternidad?  
Nos mides y nos señalas  
la hora de la verdad.

Si alguna piedad te queda  
convéncenos de volver.  
Concédenos un instante  
para expresarnos y ser.

**León Benarós**

Publicado en el diario "La Nación".  
Bs. As., 16 de diciembre de 1990.

## RETORNO

¿Quién proclamó su ser con un ambiguo gesto  
destinado a unos pocos secretamente adictos?  
¿Quién, en lo extremo de un otoño ardiente  
dejó caer su acribillado corazón  
entre unas pocas hojas de filial desamparo?

Sin embargo, con la porfía del que juega a lo último,  
el señalado preservó de sí  
la íntima sustancia que multiplica rostros  
y, a partir de la mar salada y hacedora,  
construye y edifica lo que respira y vive.

Aún no se reconoce por nombre y apellido  
pero deviene, sucesivo y puro.  
Ya es vegetal, ya brota y reverdece.  
Ya la circulación se le insinúa.

Ya el mapa de las venas con niña timidez,  
se le va dibujando hora por hora.

Respira el gozo de memoria tanta,  
doblado y repetido, multiplicadamente.  
Progresas en nitidez. Se reconoce.  
Se palpa y se disfruta. Se comprueba.

Herederos de grandes cataclismos,  
sobrevives a la niebla sulfurosa  
de la erupción volcánica. Se mide  
por años luz de límites inciertos.

Y se proclama y dice de este mundo  
sin negarse a sus formas progresivas.  
Nadie quiera afrentarlo con tenerlo  
por provisoria hechura de la Nada.

**León Benarós**

Publicado en diario "La Nación".  
Bs. As., 24 de diciembre de 1995.

## MILONGA PARA BORGES

Aunque tal vez por demás  
andan ostentando Jorges,  
hubo sólo un Jorge Luis,  
y ése fue Jorge Luis Borges.

Quisiera que esta milonga  
me saliera de una hebra  
y, para su gusto y gozo,  
se corriera hasta Ginebra.

Fue más épico que lírico,  
y enteramente mental.  
Al ajedrez de su prosa  
no ha de mover mano igual.

Puntual y lexicológico,  
más leído que vivido;  
devanador del idioma:  
así ese Borges ha sido.

Argentino universal,  
medio criollo y medio celta.  
Arbitrario y mitológico,  
pero porteño sin vuelta.

Por jugar con las palabras  
se distrajo de este mundo  
y prefirió al *Martín Fierro*  
el sarmientito *Facundo*.

Fue memorioso mentor  
de un malevo y de una tarde.

Y tuvo la valentía  
de confesarse cobarde.

La letra precisa y justa  
fue su desvelo y su hazaña.  
Tal vez añoró no ser  
un cuchillo: *Juan Muraña*.

Lo desacriolló el vivir  
y quizá dejó arrumbada  
la memoria luminosa  
de aquella esquina rosada.

Soñó con tigres y espejos,  
lo acosaron pesadillas.  
Fue de palabra veraz  
y de costumbre sencillas.

Era diverso y cambiante  
como tanta gente, al fin.  
Tenía cosas geniales  
y cosas de chiquilín.

Leyó a Ascasubi y al Dante  
con pasión y asiduidad,  
y buscó en la letra escrita  
lo que da felicidad.

Pasó de Kipling a Conrad,  
y seguro le gustó  
el Palermo pendenciero  
que ese Carriego pintó.

De joven toreó a Lugones,  
pero lo acató, a los años,  
y le alabó la maestría  
de algunos cuentos extraños.

Por detrás de cada escrito  
indagó al hombre cabal.  
Tal vez rechazó, por flojo,  
el verso sentimental.

Pensaba con todo el cuerpo,  
y lo dijo en el papel.  
Le gustaba el tango viejo.  
No le gustaba Gardel.

Ya Borges no es de este mundo.  
Ya se le acabó la vida.  
Al laberinto tenaz  
ya le encontró la salida.

A la muerte la enfrentó  
con toda serenidad.  
Quiso borrarse del todo.  
Le temió a la eternidad.

El hombre no vivió en vano.  
suceda lo que suceda,  
la muerte le vino al otro,  
pero este Borges se queda.

**León Benarós**

Publicado en el diario "Clarín".  
Buenos Aires, 26 de abril de 1990.

# ANEXO





Artículo escrito por León Benarós, para la publicación N° 500 de “*Todo es Historia*”, en marzo del 2009.

## EL FOLKLORE Y YO

### YO VIVÍ EL FOLKLORE ANTES DE ESCRIBIRLO

Mi padre tenía campos en la provincia de San Luis, los que había bautizado con los nombres de *El Quirquincho* y *El Peludo*.

Se dedicaba a la producción de alfalfa, que despachaba mediante grandes máquinas enfardadoras, dos veces por año.

El todo era una estancia en cuyo casco había una especie de torre, totalmente tapizada en su interior con caricaturas del periódico *El Mosquito*.

Pero el verdadero contacto con el folklore y su mundo lo tuve en la provincia de Mendoza, en el departamento San Martín.

Habitábamos un enorme caserón que daba en el frente a la calle Alem y en la parte posterior, casi un desierto pampeano.

En esta parte había un establo con uno o dos caballos y habitaciones de cañizo, para refugiarse en el caso de temblores de tierra.

Yo manejaba sulkys.

A ese caserón de por lo menos once habitaciones concurrían curanderos y hasta adivinos. El frente daba a un canal, por cuyas orillas correteaban lagartijas.

Teníamos un horno permanentemente encendido con leña de jarilla. Se hacía pan y bollos con anís. Los jueves venían nuestros pobres -porque teníamos nuestros pobres- a retirar una bolsa de pan.

Uno de ellos era un borrachín que permanentemente venía pasado de copas. Mi madre le decía: “pero caramba, usted siempre habiendo tomado de más”. La contestación del personaje era increíble:

-“Que quiere señora, es el destino de la pobre criatura”-. A ése siempre lo denominábamos así.

Teníamos un loro de importante tamaño al que mis hermanas le habían enseñado a hablar, emborrachándolo con pan mojado en vino.

Concurrían a nuestra casa algunas mujeres con un señalado bocio, la hinchazón de la garganta, popularmente conocida como coto.

Apenas llegaban, el loro soltaba alguna de las voces que le habían enseñado: “¡Cotuda! ¡Cotuda!”; lo que nos hacía pasar vergüenza.

Allí aprendí lo que era curar un dolor de muelas mediante la palabra. Sin proponérmelo, participaba a veces de la ceremonia curativa. El curandero del caso me ordenaba: “Andá, decile que ya está curada”. Yo iba y transmitía el mensaje.

Se hacían en mi casa grandes guitarreadas, que duraban más de un día, al mismo tiempo que los carneos correspondientes.

Un hermano mayor tenía un profesor de guitarra, bizco y creo que zurdo. Cuando se iba, yo me apoderaba de la guitarra, una hermosa guitarra de jacarandá, y de ese modo intentaba algunas melodías.

En ocasiones me buscaban sin encontrarme. Yo me había ido a la parte posterior de la casa y me amanecía con la guitarra sobre el pecho, cubierta con un ponchito para no afectarla del rocío. Así, yo viví el folklore antes de escribirlo.

En el enorme caserón quedaban huellas de algún temblor de tierra, por alguna pared con fisuras visibles.

La nueva etapa de mi contacto con lo folklórico ocurrió cuando fui director de la revista Folklore.

Llegué a la dirección por sugestión del gran escritor cuyano Juan Dragui Lucero, quien me sugirió que entrevistara a Julio Marbiz.

Lo hice, efectivamente, y Marbiz me dijo: “Me viene muy bien para hacer algunos reportajes, porque se ha ido Cosentino que los hacía”. Me recalcó “Hay que poner el hombro”. Le repliqué: “Yo pongo el hombro, pero me pagan”. Estaba harto de trabajar gratis. En la revista hice reportajes que eran verdaderos documentos. Escribí sobre la vida de los integrantes de Los Cantores de Quilla Huasi -los primeros en interpretar mi zamba *La Tempranera*- sobre Jorge Cafrune, Horacio Guarany y figuras tan consagradas como Eduardo Falú. Propuse un reportaje sobre Carlos Guastavino, y como había citado en mi casa a un artista le consulté sobre si podía concurrir a mi domicilio, pues la revista me expresaba urgencia con los reportajes y yo tenía ya uno de los dos artistas citados.

Efectivamente, el Maestro concurrió a mi domicilio, cosa que me enteré no hacía en casos semejantes. Me comentó que había leído un libro mío, *El rostro Inmarcesible* y se ofreció a ponerle música a “*El Sampedrino*”, poesía que le acababa de leer en ese momento. Creo que conocer a Carlos Guastavino, fue un hito en mi vida de letrista, ya que el Maestro ponía música a las poesías de su gusto, excepto en el caso en que ya tenía una música y me pidió que le pusiera letra. Así nació “*La Tempranera*”, de índole folklórica, que difundieron, Los Quilla Huasi, Mercedes Sosa, hasta llegar a ser el himno de Monteros (pueblo por donde habían pasado mis padres al llegar a la Argentina), en Tucumán.

Era tan sensible y exigente que trabajar con él fue un acrecentamiento de mi condición de letrista. Hicimos juntos la serie “*Flores Argentinas*”, “*Pájaros*”, “*Canciones escolares*” y otras piezas más que suman sesenta y cuatro en total.

Un día, al visitarlo en su departamento de la calle Tres de Febrero me encontré con Eduardo Falú, que descubrió sobre la tapa del piano el original de “*La Tempranera*”.

Dijo Guastavino que no iba a pedir a Falú que interpretara la zamba, pues yo acababa de hacerle un reportaje, mientras Falú le daba lecciones superiores de armonía y podría parecer un intercambio de favores. Guastavino era de una integridad ejemplar.

Dirigí la revista Folklore hasta que se cerró.

Rastreando en mis romances se advierten claros elementos folklóricos. En *El Moro de Quiroga*, la curiosa condición de un caballo que predecía el éxito o el fracaso de las acciones de guerra está dentro de las creencias o supersticiones del folklore. Se trata de un caballo que no se dejó montar en las dos ocasiones en que fue vencido Quiroga, como si el caballo fuera de opinión de no presentar batalla.

En mis *Romances de la Tierra* hay personajes como la Telesita, Carballito y hechos que pertenecen al campo de lo folklórico, como el de la ciudad que fue destruida presuntamente por divina decisión, en castigo por sus pecados, la ciudad de Esteco.

La Telesita era una criatura inocente que se interna en un incendio creyendo que se trata de las luces de una fiesta y así muere quemada. Los adictos a ella le reclaman intervención para la devolución de animales perdidos.

Carballito muere y a sus pies nace milagrosamente una clara fuente de agua.

El tema de la Difunta Correa, ha excedido largamente su origen sanjuanino para convertirse en un culto popular de amplia difusión. Ha llegado el caso en que un gran pintor como Antonio Berni ha tomado al personaje como tema de una de sus obras.

En nuestros romances se encuentran abundantes elementos folklóricos, como en el caso del yuyero y el guitarrero.

De acuerdo con la sabiduría popular, el yuyero enuncia las virtudes curativas de las yerbas que ofrece.

Si el guitarrero afina su instrumento según el llamado *temple del diablo*, con las cuerdas al aire de su guitarra, puede fácilmente acompañar un gato.

Uno de los mayores informantes del cancionero popular anónimo fue don Apolinar Barber, que dictó al recopilador Juan Alfonso Carrizo casi 4.000 versos del cancionero anónimo tucumano.

Una de las más recientes canonizaciones populares es la del gauchito correntino Antonio Mamerto Gil (“Gauchito Gil”), cuyo culto como santito popular tiene ya no pocos devotos.

Ofrecemos un romance que le hemos dedicado, hasta ahora inédito:

### **GAUCHITO GIL**

*Malo es robarle a los ricos  
para el auxilio del pobre.  
Malo también es sufrir  
lo que a los ricos les sobre.*

*Oigan, señores, la historia  
de un tal Antonio Mamerto,  
nombrado el Gauchito Gil,  
que vive después de muerto.*

*Nombrado el Gauchito Gil,  
que para el mundo será  
un santito milagroso  
de su Corrientes porá.*

*Un sueño tuvo el gauchito,  
un sueño de los divinos,  
que le mandó no verter  
la sangre de correntinos.*

*Entonces, como inspirado  
por un fervor verdadero,  
vagó sin fin fatigando  
la laguna y el estero.*

*Ya su fama de santito  
se le viene revelando  
cuando pasó por Montiel,  
entre robando y curando.*

*Una partida lo atrapa  
y el prepotente sargento  
toma la resolución  
de fusilarlo al momento.*

*Pero desiste alarmado  
al comprobar como un hecho  
que el reo lleva grabado  
a San La Muerte en el pecho.*

*Protectora San La Muerte  
que por su virtud y gala,  
deja a salvo al fusilado,  
porque rechaza la bala.*

*Contrariado el tal sargento  
palpa al gauchito en el cuello  
y con brutal diligencia  
ya se dispone al degüello.*

*Y atendiendo duramente  
a su espantable trabajo  
al reo de un algarrobo  
lo cuelga, cabeza abajo.*

*Atina a decir el gaucho:  
-Vos me estarás degollando*

*pero has de saber al punto  
que tu hijo se está cortando.*

*Vuelve el sargento a su casa  
y comprueba con verdad  
que su hijo se está muriendo  
de una extraña enfermedad.*

*Confundido se lo ve,  
como asistiendo a un misterio,  
carga una cruz de espinillo  
y base hacia el cementerio.*

*Al enterrar a la víctima,  
perdidamente se entrega  
y a su hijo moribundo  
salud de nuevo le ruega.*

*Santos hay en este mundo  
y en el cielo viven mil.  
Consagrado por los pobres  
alienta el Gauchito Gil.*

León Benarós.

19 Febrero 2007.

El hombre que más he admirado, porque puso orden en los estudios folklóricos fue Agustín Raúl Cortázar. A él siguió Félix Coluccio por su inagotable labor y su investigación de campo.

El acercarme a lo folklórico me permitió ser letrista de admirables músicos como Eduardo Falú, Adolfo Ábalos, Carlos Di Fulvio y Ramón Navarro, para los discos unitarios. En el caso de “*El Chacho*” (Vida y muerte de un caudillo), por ser un hombre nada soberbio, que llegaba a un pueblo y mandaba a pedir limosna para su gente, era una especie de juez de paz que ignoró el rencor y la venganza. El apodo le quedó porque así lo llamaba su tío, sacerdote franciscano, Vicente Peñalosa. El apócope de “muchacho”.

En Cosquín, enero de 1965, en el clima del V Festival del Folklore, le propuse esta idea a Hernán Figueroa Reyes, joven y eficaz asesor folklórico de Columbia. Así me facilitó todo el aporte necesario para componer la vida desde el nacimiento hasta la muerte de El Chacho, que como otros discos unitarios está basado en hechos históricos. También debo agradecer la identificación de Jorge Cafrune con el personaje, que lo interpretó en el mejor momento de su carrera. Una foto nos muestra en un momento del ensayo.

En el long play titulado *El Chacho* hay elementos de auténtico folklore, llevado a composiciones de raíz popular.

Una de esas obras, *Deje*, nomás de Adolfo Ábalos mereció un juicio consagratorio de Leda Valladares, quien dijo: “Esta composición es tan auténtica que parecería popular anónima, es decir, folklórica en su origen”.

Luego apareció “*La Independencia*”, un homenaje a los que lucharon por ella, en donde la zamba “*Adiós, General Belgrano*”, con música de Carlos Di Fulvio, fue muy solicitada para cantar en las escuelas. Para este disco se unió Waldo Belloso.

Otros long plays que produjimos con letras de mi autoría fueron *¡Viva Güemes!*, con Hernán Figueroa Reyes, “*Forjadores de la Patria*” con Los Arroyeños y “*Gente Criolla*” con Chacho Santa Cruz.

También tuve oportunidad de colaborar con el Maestro Sebastián Piana, en temas sobre el candombe. Un día al salir de un juzgado me encontré con una negra que pedía limosna, le di algunas monedas y le pregunté: -¿Abuela, usted tiene donde dormir, por lo menos?

Me contestó: -Sí, señor, yo no le niego mi casa a nadie. Vivo en el bañado de Flores, en la calle Velasco. Me dio su dirección. Le dije: -Bueno, si a usted no le parece mal, el domingo le voy a llevar unas empanadas.

Fui, efectivamente el domingo. Tuve que remangarme el pantalón porque había un barrial impresionante. Llegué a la dirección indicada: por afuera eran todas latas de kerosén oxidadas. Al entrar, todo era prolijidad, el piso barrido, todo en orden.

La negra dijo llamarse Claudia Correa Morales. Había servido en casa de los Correa Morales y adoptó el apellido de sus amos.

Le pregunté: ¿Se acuerda de los candombes que cantaba cuando era muchacha?

-Sí, señor, pero no tiene nada que ver con lo que se escucha ahora. Me cantó dos candombes, uno era el caso de un viejo que pedía a su amita casarse con una mujer joven.

“El ama le preguntó: -¿Ella te quiere? -Sí, señora -respondió él- Entonces te voy a rebajar los años, te voy a dar la libertad”.



Al domingo siguiente fui con mi amigo Eduardo José Bosco. Yo le había pedido a la negra que me escribiera los candombes en un cuaderno. Lo hizo y me lo entregó. Le dije a Bosco: -A mí me interesa, pero a usted lo apasiona. Este cuaderno es para usted.

Al morir Bosco, su amigo Daniel Devoto, Alberto Salas y Pepita Sabor, publicaron la obra en que aparecen mencionados los candombes.

La música quedó en mi oído. Con esa base documental compusimos con el maestro Sebastián Piana, la serie “*Cara de Negro*” (doce candombes y pregones de Buenos Aires). Comienza el conjunto con el remate de una negrita y termina con la evocación del Negro Raúl (Raúl Grigeras).

La investigación histórica unida a la creación poética, se unieron en tantos temas argentinos entrañables en mi vida, porque son el sentir de los paisanos, la raíz de nuestro pueblo y el talento de nuestros mejores músicos.

El folklore me dio paz interior y la seguridad de encontrarme con mi verdadero ser.

Me acompañan algunos instrumentos: flauta, flauta dulce, “verdulera” piano y guitarra. No toco ninguno de ellos, sólo manoteo el piano de oído y de igual modo la guitarra.

Se me ve en una fotografía hogareña despuntando el vicio.

De los intérpretes actuales, algunos han olvidado la raíz. Otros como en el caso de Atahualpa Yupanqui y Suma Paz han sido fieles a lo original del canto.

Crítica Literaria a la obra poética de León Benarós, escrita por Lily Francox, publicada en el diario La Nación en abril de 2007.

## LEÓN BENARÓS, UN ARTISTA QUE DA VIDA Y COLOR A LA TRADICIÓN

Su obra poética, nutrida de un íntimo conocimiento del paisaje y la historia, permanecerá como un clásico.

Alguien, refiriéndose a la creación literaria nacional, recuerda: “La emoción de patriotismo, lo nacional bajo la lupa de los neoinquisidores, tergiversa la auténtica esencia del vocablo. Acaso olvidamos a Echeverría, Hernández, Lugones o Marechal”.

En tanto, payadores ocasionales y poetas más profundos conformaron un mapa sustancial en el que la poesía pura y desnuda exhibe el complementado binomio, sin hermetismo, con transparencia meridiana, y descubre la belleza del sentimiento y el paisaje.

Si debe recurrirse a un ejemplo transparente, éste lo constituye León Benarós, creador singular en la poesía contemporánea. Puntano, criado en Lomas de Zamora, Benarós es un hombre cordial, interesado en cuanto experiencia le ofrezca la vida en sus matices cambiantes, como lo demuestra su permanente curiosidad cultural. Posee la gracia del encantamiento y nada es intrascendente para su joven capacidad de asombro.

Como abogado huyó de los conflictos, y el lugar de los papeles litigiosos optó por emplearlo llenándolo de poesía y -¡Cómo no!- volcando su acentuada inclinación por la pintura, como delicado dibujante de la flora nacional. Apasionado de la música -que además se autocalifica “guitarrero de zurda”-, criollísimo en su estilo y expresión, al punto de manifestarse payador (y de los buenos, agregamos), de rima grácil y atractiva. Recuerda con orgullo su contrapunto con el legendario Martín Castro.

Rastreador ávido de la tradición, colecciona llaves antiguas, estribos finamente trabajados en plata y otros “lujos” paisanos. Curioso de las emociones humanas indaga en la poesía existencial porque lo preocupa el hombre -anota-, “que hacemos sobre esto que llamamos tierra”. Y manifiesta, asimismo: “Me gusta rastrear en los testimonios argentinos para hacerlos una cosa viva; quiero “desencartonar” la historia”.

Verdadero apasionado de la música nativa, se vuelca en canciones testimoniales (“El Chacho”, “Viva Güemes” y otros caudillos) y en la bella y delicada zamba “La tempranera”, suma de fina poesía, de asegurada vigencia, actualizada por jóvenes y

nuevos cantores que celebran el hallazgo y la plenitud de su texto: “Era la tempranera, niña primera, amanecida flor..”

Dijo Pablo Neruda: “León Benarós dio al romance su verdadera magnitud, alcanzando un nivel que ni el mismísimo García Lorca había tratado de profundizar”.

Entre los poetas que forman su generación, la del 40, su voz es una de las más privilegiadas.

### CREADOR INTEGRAL

De sus versos y sus pinturas, fluyen creatividad y originalidad, en buen decir y la expresividad del dibujo y el color.

Confiesa: “Me emociona pensar que los seres humanos estamos prisioneros de seres microscópicos que de repente puedan ser dueños del mundo”. Esa imagen cabal de su pensamiento sintetiza la regla de este artista integral, convencido de la nobleza gaucha, que reflexiona con su típica serenidad: “Hay que trabajar para hacer poesía y convencerse que vale la pena promover la unión nacional, y no ser malo porque vivimos muy pocos”.

Palabras que se confirman y afirman en su vasta bibliografía, de la que bastaría citar *Romances de la tierra*, *Romances del pueblo*, *Romances paisanos*, *Décimas encadenadas* y las dedicadas evocaciones históricas *Elisa Brown* y *Carmencita Puch*, sin olvidar su recuento antológico, *Romancero criollo*, reflejo del hombre cabal de la tierra y sus acaeceres a través del tiempo y de los oficios.

León Benarós, con su blasón de provinciana y el orgullo de aparcerero, bien puede retratarse en una copla: “Yo soy el que siempre ha sido,/ el que siempre he sido soy; /no me hago ni me deshago,/ en un mismo ser estoy”..

Por Lily Franc Cox

Para LA NACIÓN - 21 abril 2007

## COMENTARIOS Y JUICIOS SOBRE LA OBRA DE LEÓN BENARÓS, POR PARTE DE OTROS ESCRITORES

### JORGE LUIS BORGES

Los romances criollos de León Benarós -los históricos y los costumbristas- han merecido juicios consagratorios.

Borges memorizaba casi totalmente *La Muerte del Chaco* y solía recitar con énfasis “*Ninguno se crea eterno. / Todo es llegar y partir. / Miren ese Peñalosa. / Y como vino a morir.*”

### PABLO NERUDA

En la revista *Anales de Buenos Aires*, que dirigía el autor de *Ficciones*, acogió en sus páginas dos romances de Benarós: “El moro de Quiroga” y “Lo fusilan a Dorrego”. Este último llamó especialmente la atención de Pablo Neruda quien, en un reportaje que Horacio Salas le hizo en Isla Negra expresó: “León Benarós le dio al romance su verdadera magnitud, alcanzando un nivel que ni el mismo García Lorca había tratado de profundizar”.

### MANUEL MUJICA LÁINEZ

Manuel Mujica Láinez en carta dirigida a Benarós con fecha 22 de abril de 1977, en relación a los romances escribió: “Ha dado con el idioma y el tono justos, y cuánta sabiduría, cuánto conocimiento evidencia sus composiciones (...) es mucho lo que he revivido y lo que he aprendido al voltear sus páginas”.

Manuel Mujica Láinez en carta del 13 de marzo de 1982 “Gracias, mil gracias por los bellos poemas de “El bello mundo” ¡Cuánta riqueza espiritual encierran! Todo es materia política para usted (...) y en todo halla sugerencias, acicates, para que la idea original circule”.

### MARCO DENEVI

Marco Denevi, sobre el mismo libro (*El bello mundo*) escribió en carta del 12 de marzo de 1982: “Usted no sabe con qué placer he leído los poemas de “El bello mundo”. Un placer que no proviene sólo de la calidad -y tanta! del texto, sino también de una especie de descubrimiento, de un continuo hallazgo (...) está escrito desde una doble óptica, las dos iguales originalísimas, desde la perspectiva del lenguaje político y desde la perspectiva de un ojo humano que sabe ver lo que nosotros no vemos.”

Marco Denevi escribió a Benarós el 12 de enero de 1995 sobre “*El mirador de Buenos Aires*”. (...)

“Leerlo a usted, (en su prosa o en su verso) es siempre un deleite. No sé cómo hace para combinar, misteriosamente, la sencillez y la riqueza, la amabilidad y la profundidad, la sonrisa y la reflexión, la pulcritud y la espontaneidad”.

Sobre Flora natal en carta del 29 de noviembre de 1995. “Flora natal es una joya, lo es por la altísima poesía que contiene, por las hermosas ilustraciones y viñetas”...

Entrevista a León Benarós en “La Opinión” de Rafaela, el 12 de enero de 2010.

## LA PALABRA

### CRONISTA DE VIDA

En febrero cumplirá 95 años. Su vida transcurrió en los ámbitos más diversos de la cultura nacional. Es un nombre propio de la literatura y del cancionero de raíz folklórica. Autor de grandes obras que la memoria colectiva atesora como trascendentes. Con la gentileza de un hombre cabal, conversó con La Palabra de su vasta e intensa historia personal.

#### **LP - Usted conoció al pianista Remo Pignoni.**

L. B. - La misma editorial me sugirió que colaborara con Remo. Me encontré con él y me dijo “¿Qué prefiere usted?” y tocaba una chacarera, una zamba, y le dije: “no pasa nada (se ríe). ¿Qué pasa Remo? Tenemos que hacer algo que nos dé el número uno, no el mil uno. Algo original”. Y por ahí hizo una milonga. “Eso sí, esta me gusta” le dije. (La tararea e intenta recordar la letra y se entusiasma). La letra está en la partitura impresa. Se llama “Milonga para un fogón”. Me gusta mucho, es sencillita, no? Se iba a llamar “La fogonera” pero el título ya estaba registrado. Es muy linda obra. Después de esto, de esa cosa pintoresca con Pignoni, no tenía mayor dato sobre él. Después me enteré que era un hombre con una obra muy importante. Con mucho prestigio. Me hubiera gustado hacer otras cosas más con él pero hice solamente esa milonga.

#### **LP - En Santa Fe tuvo una historia importante con la literatura.**

L. B. - Gané el premio IPCLAR provincia de Santa Fe. Era un millón de pesos, medalla de oro y diploma por el libro Memorias Ardientes que fue como inédito y para mi sorpresa después fue Primer Premio Municipal en 1970 y Tercer Premio Nacional. Me encontré con el jurado del IPCLAR, estaba Mastronardi, Aldo Pellegrini. Le dije a Pellegrini: “mire, para mí el verdadero premio es que usted ha estado en el jurado porque sé que es muy estricto”. La verdad, me interesó mucho su obra, me dijo. Poco después apareció editado en Losada.

#### **LP - ¿Conoce Rafaela?**

L. B. - Estuve en Rafaela una vez con el maestro Sebastián Piana.

#### **LP - Cuénteme cuando estuvo en Odol pregunta. ¿Se divirtió o se amargó?**

L. B. - Le voy a decir. Me divertí. No puedo decir que me amargué. En un momento determinado estuve como seleccionador de la gente que quería participar.

Vino un hombre. Le pregunté “Señor ¿De qué quiere participar?”. “Física atómica” me responde. “Caramba”, dije, “¿Y usted qué estudio tiene?”. “Yo, mi sexto grado completo. Sin repetir ninguno” me asegura. Y lo consulto: “¿Se anima a armar un reactor atómico?”. Y me dice: “Mire, si me dejan, yo me la rebusco. Es cuestión de ponerse” (se ríe con ganas). Odol fue un gran programa. Estuve como jurado. Se presentaba muy interesante el programa, a veces con gente que sabía mucho y otros que creían saber. Fueron muchos años.

**LP ¿Desde cuándo empezó a escribir?**

L. B. - Más o menos a los 14 años, estando ya en Buenos Aires. Me gustaba la poesía, la historia. Por razones de familia, viví en distintos lugares, primero de Villa Mercedes siendo muy chiquito pasamos a Lomas de Zamora, de ahí a Eduardo Castex en La Pampa, después de ahí a Mendoza. Empecé a escribir en Mendoza, después en obra más madura en la provincia de Buenos Aires, en Chivilcoy varios años, prácticamente desde donde empecé a publicar.

**LP - La poesía que más le gusta entre su obra ¿Cuál es?**

L. B. - No le puedo decir. Un soneto. Mandé a La Nación dos sonetos dirigidos al señor Mallea. Estimado señor Mallea le remito dos sonetos por si alguno de ellos puede ser publicado en La Nación. No lo conocía a él. Para mi sorpresa uno salió casi enseguida. Me dice un amigo, Vieti, “che ¿Le fuiste a agradecer?” No, he sido tan estúpido que no fui. Entonces voy, le digo señor Mallea, discúlpeme he sido muy descortés, quiero agradecerle la publicación del soneto. “No, me gustó mucho, tráigame otra cosa”, me dijo. Y así publiqué bastante en La Nación.

**LP - Escribió muchas letras para temas musicales.**

L. B. - Tengo alrededor de 250 obras registradas en Sadaic. Muchísimas. La mayor cantidad corresponde al hombre de Santa Fe, a Carlos Guastavino, tengo 64 obras con Guastavino. La más importante quizás es la serie de Flores Argentinas. También está la serie de Canciones Infantiles.

**LP - ¿Viajó a otros países?**

L. B. - Sí. He estado en Europa -París, Madrid- después hice una serie de conferencias en ciudades de países americanos Lima, Bogotá, Caracas, Quito y La Paz, sobre pintura argentina moderna.

**LP - Y se dedicó a la docencia.**

L. B. - Fui profesor de Historia del Arte en el Colegio Nacional de La Plata. Hice una cosa que me agradeció mucho la gente. Les decía “Vamos a ver Quinquela Martín. ¿Quieren conocer a Quinquela?” Bueno, vamos un día al taller de Quinquela y le digo: “A ver, pinte un poco para los muchachos para que vean cómo trabaja la

obra”. Así con Quinquela, Victorica, Larrañaga. Un día me encontré en un bar de intelectuales que habían abierto ese día en Buenos Aires con alguien y le pregunté el nombre. Le dije: “Yo a usted lo calificué con 9 puntos, fue mi alumno”. Me dijo “Usted es invitado permanente de este bar, porque me enseñó pintura, me puso en contacto con los artistas”. Una cosa viva. No solamente hablar de ellos sino de entender con ellos. Inclusive le decía al pintor “A ver maestro, empiece el cuadro. ¿Y por qué pone este color acá y este otro color acá?”. Nos responde: “Vea, el cuadro es como una sinfonía, si usted pone un rojo acá, tiene que responderle otro rojo acá, porque si no queda como con una sola pata. Así que usted tiene que responderle a esto. Es una sinfonía”. Los llevaba a la plaza donde hay un vaso griego de gran tamaño que es una reproducción de uno antiguo. Hay escenas, vean lo que hay y lo describen. Después les decía ahí está la iglesia de San Ponciano, de estilo gótico, díganme qué está bien y qué hay mal allí. Me decían que estaba bien pero que le han agregado una cosa. Le explicaba sí señor, le han agregado algo que no corresponde al estilo. Así que los hacía pensar.

**LP - Al tango también le entregó su tiempo.**

L. B. - Escribí “Siete para el tango”. Es la recopilación de biografías que van empezando desde Rosendo Mendizábal hasta Rosita Quiroga. Esos trabajos son verdaderas fichas porque trataba de preguntarle cosas concretas de sus vidas. Por ejemplo sobre Piazzolla donde todavía no se hablaba de él. Cuando Piazzolla fue a París a entrevistarse con Nadia Boulanger pero no sobre tango sino sobre música clásica, quería perfeccionarse en música clásica, entonces Nadia Boulanger le hace tocar clásico y después un tango que se llama Triunfal. Ahí está usted le dice la mujer, deje la música clásica, siga con eso. Y así empezó él a perfeccionar el tango. Y a darse en el tango. Como ese tango, siempre en un concierto siempre estoy triunfal, tango Boulanger. Son verdaderos documentos por las cosas que van diciendo.

**LP - La historia de su tema más conocido.**

L. B. - La primera versión de la zamba “La tempranera” es la de Los Cantores de Quilla Huasi. Con Guastavino, yo le entregaba una letra y él le ponía música sin modificar una coma. Pero esta vez es la única que con Guastavino yo trabajé con la música. Me dijo, mire hice una zamba a ver qué le parece. Bueno, la voy a grabar maestro y la voy a estudiar. La estudié y me pareció un amor juvenil. Así, de ahí salió y está situada en la localidad tucumana de Monteros porque fue la primera localidad a la cual mis padres vinieron de afuera. “Paloma tibia de Monteros”. Se hizo en 1963.

**LP - Tiene muchos reconocimientos por su trayectoria.**

L. B. - Bueno, le voy a decir algunos, Personalidad emérita de la cultura argentina por la Secretaria de Cultura y Comunicaciones de la Presidencia de la



Nación, Ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires, Premio Trayectoria del Fondo Nacional de las Artes en 1995, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y elección “Libro del Mes” -noviembre del 1944- por el mismo libro, por decisión del jurado del “Club del Libro” integrado, entre otros, por Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Pedro Henríquez Ureña, Ezequiel Martínez Estrada, Baldomero Fernández Moreno, Ángel J. Battistessa, Ricardo Baeza y Victoria Ocampo. Segundo “Premio Especial Ricardo Rojas” de la municipalidad de Buenos Aires, por Leyendas Argentinas. Premio “César Mermet” de la Fundación Argentina para la Poesía. Premio “Recorrido Dorado” de la Sociedad Distribuidora de Diarios, Revistas y Afines en 1988, Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía en 1982, Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores SADE en noviembre de 1998.

**LP - ¿Está satisfecho con todo lo que hizo?**

L. B. - Sí. Uno siempre dice que puede hacer algo más, pero me parece que está bien. He estado en la revista Todo es Historia desde el número uno, el colaborador más antiguo hasta ahora.

Ramón Navarro sobre León Benarós “Me alegro que hayan podido entrevistar al estimadísimo León Benarós, un hombre importantísimo de nuestra cultura. Un artista cabal. Tengo siempre en cuenta cuando allá, por mis comienzos, me invitó a participar de una obra integral que se llamó “El Chacho Vida y Muerte de un Caudillo” que interpretó Jorge Cafrune. Me sentí honrado y distinguido ya que en ese mismo trabajo hubo músicos de la talla de Eduardo Falú, Adolfo Ábalos, Carlos Di Fulvio, Carlos Guastavino (C. Vincent). Hace poco compuse sobre unos bellos versos de Benarós, una canción: “Las manos de la telera”. Siempre para las fiestas de fin de año, su saludo es una “tarjeta” muy especial, un pequeño pero bello dibujo de su autoría. Tengo por él una estima muy grande y una gran admiración, desde su poema sinfónico (Despedida), que creó con el talentoso Carlos Guastavino hasta la conocida y popular zamba, también de los mismos, y “La Tempranera”, que canté tantas veces. Además de una gran cantidad de valiosas contribuciones en verso y en prosa que han enriquecido definitivamente el patrimonio cultural nacional. Qué bueno haber entrevistado a este querido maestro. Un abrazo.”

# ÍNDICE

DATOS BIOGRÁFICOS	11
PRÓLOGO	15
I - EL ROSTRO INMARCESIBLE	17
II - ROMANCES DE LA TIERRA	31
III - VERSOS PARA EL ANGELITO	55
IV - ROMANCERO ARGENTINO	71
V - DÉCIMAS ENCADENADAS	89
VI - EL RÍO DE LOS AÑOS	99
VII - MEMORIAS ARDIENTES	107
VIII - ROMANCES DE INFIERNO Y CIELO	117
IX - ROMANCES PAISANOS	145
X - LA MANO Y LOS DESTINOS	185
XI - EL BELLO MUNDO	191
XII - FLORA NATAL	201
XIII - OTROS POEMAS	211
ANEXO	223



## OTROS TÍTULOS DE “COLECCIÓN BICENTENARIO”

LIGEROS APUNTES DE LA FLORA PUNTANA

Germán Avé Lallemant

REVISTA “LA AGRICULTURA” 1894-1899

Germán Avé Lallemant

ITINERARIO DE LA ESPEDICIÓN MINERA Á LA CORDILLERA DE  
LOS ANDES | EL PARAMILLO DE USPALLATA

Germán Avé Lallemant

DICCIONARIO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS - TOMO I -  
REGIONALISMOS Y MODISMOS

María Delia Gatica de Montiveros

FOLKLORE DEL VALLE DE CONCARÁN | CANTARES HISTÓRICOS  
DE LA TRADICIÓN PUNTANA

Dora Ochoa de Masramón

OBRA POÉTICA

Berta Elena Vidal de Battini

MITOS SANLUISEÑOS | EL LÉXICO DE LOS BUSCADORES DE ORO  
DE LA CAROLINA, SAN LUIS

Berta Elena Vidal de Battini

CAMPO GUACHO

Polo Godoy Rojo

SAN LUIS Y SU HISTORIA

Urbano J. Núñez

APOTEOSIS DE PRINGLES

Juan W. Gez

## ESCENAS DE LA HISTORIA DE SAN LUIS

José Villegas

## SAN LUIS DESDE EL PRIMER GRITO DE LIBERTAD - TOMO I

Varios autores: Avaca ~ Fernández Bengoechea ~  
Gutiérrez Plummer ~ Santamaria ~ Savickas

## JOSÉ LA VÍA. UN FOTÓGRAFO EN EL SAN LUIS DEL SIGLO XX

Miriam Alcaráz

## EL CABALLO DEL INDIO

Teresita Morán de Valcheff

## SAN LUIS EN LA MEMORIA DE CUATRO ESCRITORES PUNTANOS

Pérez Gutiérrez de Sánchez Vacca ~ Guiñazú de Berrondo ~  
Sosa Loyola ~ Tobares

## DR. JOSÉ SANTOS ORTÍZ - PRIMER GOBERNADOR DE SAN LUIS

Jesús Liberato Tobares

## HISTORIA DE SAN LUIS - TOMOS I Y II

Urbano J. Núñez ~ Duval Vacca

## LEYENDAS

Berta Elena Vidal de Battini

## TIEMPO DE NIÑOS | LETRAS PARA LA INFANCIA EN EL SAN LUIS DEL SIGLO XX

Sara Goldstein de Tapiola ~ Dora Ochoa de Masramón ~  
Esther del Rosario Guevara ~ Polo Godoy Rojo

Este libro se terminó de imprimir  
en Marzo de 2012



Editorial El Tabaquillo  
[www.eltaquillo.com.ar](http://www.eltaquillo.com.ar)  
[editorialeltaquillo@yahoo.com.ar](mailto:editorialeltaquillo@yahoo.com.ar)  
Villa Mercedes | San Luis | Argentina